

Pontificia Universidad Javeriana

Facultad de Teología

Licenciatura en Teología



Fe y arte

Autor: Diego Martín Balaguera Valero

Profesor: P. Carlos Novoa, S.I.

Trabajo de grado

Bogotá, Colombia

3 de mayo de 2019

Índice

<i>Introducción</i>	3
<i>Capítulo 1: El estatuto práxico de la experiencia artística</i>	11
1.1 <i>Por qué se habla de una experiencia artística:</i>	11
1.2 <i>El hombre como artífice de su propia vida:</i>	13
1.3 <i>El lugar antropológico de la experiencia artística:</i>	17
<i>Capítulo 2: El estatuto existente en la relación constitutiva del arte con la vivencia de la fe y sus implicaciones ético-teológicas</i>	25
2.1 <i>Introducción:</i>	25
2.2 <i>La experiencia estética: medio fundamental para la trascendencia:</i>	26
2.3 <i>El hecho histórico de lo trascendente: punto de articulación entre la experiencia artística y la experiencia de fe</i>	32
2.4 <i>La experiencia de fe como experiencia de lo bello:</i>	36
2.5 <i>Jesús como experiencia de lo Bello:</i>	38
2.6 <i>Jesús: Forma vital del Padre:</i>	43
<i>Capítulo 3: Una propuesta educativa artística</i>	49
3.1 <i>La experiencia estética: camino para educar y transformar al ser humano:</i>	49
3.2 <i>La tarea de hacer del ser humano una obra de arte, una obra maestra:</i>	59
3.3 <i>La pastoral educativa: educar para la vida y la comunidad:</i>	65
<i>Conclusión general</i>	76
<i>Bibliografía</i>	83

Introducción

El propósito de este escrito es estudiar el estatuto práxico de la experiencia artística, su relación con la vivencia cristiana y las implicaciones ético – teológicas de esta relación, con el fin de esbozar una propuesta pedagógica que permita asumir con mayor radicalidad en los creyentes un comportamiento ético, teniendo como horizonte el seguimiento de Jesús de Nazaret. Tal propósito exige comprender una serie de elementos esenciales propios de la vivencia humana en el mundo, los cuales mantienen con vida el sentido de su existencia, cavan hondo en las relaciones que teje en la cotidianidad, y adecuan sus sentidos para enriquecer su camino de fe, y así como los discípulos en el camino de Emaús, abrir los ojos y reconocer al Señor.

A lo largo de la historia el ser humano ha encontrado en el arte una manera efectiva de discernir, expresar y registrar su experiencia vital en relación con sus semejantes, con el cosmos y con el Trascendente. El arte le ha servido al hombre de todos los tiempos como una vía adecuada para mantener la memoria de lo que está llamado a ser en el mundo, una persona constructora de relaciones, de ámbitos de sentido, de lenguajes profundos que expresan su vida y la manera en que interpreta su realidad.

Las emociones, los sentimientos, los dolores y las esperanzas de la existencia humana han ido quedando grabadas dinámicamente en las distintas manifestaciones estéticas, con el objetivo de constituirse en experiencias que humanizan y salvan. La tarea entonces del arte es humanizar, acercar cada vez más a la persona y a la comunidad a su plenitud, a ese juego de realidades que armonizan la existencia y que al mismo tiempo la trasciende y la vincula con una experiencia mayor: el Creador.

La sociedad contemporánea ha afirmado de muchas maneras no necesitar de la experiencia estética, comprendida en el sentido de movilizar la sensibilidad de la persona a un horizonte diverso de participación, de encuentro y de compromiso con realidades que la transforman y la liberan. El pensamiento y el comportamiento actual de la persona está subordinado por la

cultura del consumo, del éxito y la inmediatez, donde la acción humana adquiere unas características particulares que tienden a la estandarización y la homogenización. Es el interés enfermo de legitimar una manera única de vivir, de pensar, de sentir y de proyectar la existencia.

Capitalizar la palabra, privatizar el pensamiento y el espíritu, definir incuestionablemente qué es lo bueno, qué lo malo y lo bello, trazar el destino de los pobres y cuál el de los favorecidos de la sociedad, absolutizar la verdad y ponerle precio al tiempo son expresiones que permiten comprender la negación de lo estético. La palabra real es la que elogia al sistema, la que lo legitima, lo promueve, lo defiende y lo argumenta, no hay otra palabra, es la única palabra, es la palabra que se debe enseñar y la que debe gobernar.

Y así con el pensamiento, que está constituido por los atributos de una sola cultura y de un solo sistema que intentan negar la diversidad del conocimiento, de las relaciones e interpretaciones que ofrecen los fenómenos sociales y culturales. El pensamiento que domina se propone como el único camino de humanización, sin dar mayor cabida a los saberes y sentires de los pueblos, a los caminos alternos que conducen a la civilización del hombre y la mujer. Esos caminos se deben cerrar, se clausuran porque no son parte del lenguaje oficial, no identifican a la cultura próspera del capital y el consumo.

Lo bello responde coherentemente a esta dinámica colonialista y homogeneizadora. Lo bello alude a la única verdad capitalista, legitima su acción dominante. La belleza, dentro de esta lógica del mercado, niega al ser humano, lo reduce a un objeto manipulable, débil de espíritu y fácil de distraer, es puesto como medio para sostener la maquinaria comercial y política mundial. Lo bello está mediado por el lucro y el éxito, quien consume es visto como bueno, como bello y como justo, puesto que es congruente con la escala de valores del sistema, es fiel a sus principios, a sus verdades y sus objetivos.

Este panorama humano estético repercute ciertamente en la dimensión trascendente de la persona y de la comunidad, puesto que no le permite recrear las relaciones de manera justa,

real y comprometida, siempre estarán mediadas por un interés individual y dominante, nunca por un motivo común, liberador y transformador.

En este orden de ideas, preguntar por una legítima experiencia artística y su influencia en la experiencia de fe del creyente es de relevante importancia en el contexto actual, ya que el devenir estético despierta y expresa en el ser humano una especial finura para contemplar y comprender el mundo. De esta manera no lo ve como una realidad meramente objetiva y dominante ni como una yuxtaposición de elementos distintos y distantes de la persona, sino como un acaecer que lo constituye, lo identifica, lo interpela, hace parte de él y que, por lo mismo, lo vincula con el mundo y la humanidad. Todo esto constituye el propósito fundamental de este trabajo de grado.

A través de la experiencia estética el ser humano crea lazos tan íntimos que lo plenifican y lo conducen a realidades verdaderamente profundas. Esta vivencia entonces hace del hombre un ser sensible y trascendente, crea en él una *personalidad*, un modo de ser particular que lo saca de su finitud y de una comprensión objetiva, definiéndolo como una realidad compleja, profunda y dispuesta a crear experiencias de encuentro.

Las fuentes que iluminan, enriquecen y fundamentan este trabajo se encuentran organizadas en tres grupos. El primero está compuesto por autores que desarrollan de una manera amplia, honda y seria la dimensión artística, explican cómo funciona, cómo discurre el hecho estético en la vida del ser humano, presentan sus fundamentos antropológicos, filosóficos y sociales, su evolución y comprensión en los distintos momentos de la historia. Así mismo, a través de estas fuentes se logran adquirir mayores elementos para elaborar una conceptualización amplia, dialógica y pertinente de la categoría *experiencia artística*, la cual favorece el buen desarrollo de este escrito y asegura la articulación con otras nociones y vivencias propias de esta propuesta.

Dentro de este primer grupo de fuentes encontramos al filósofo y crítico de arte Arthur C. Danto, con su trabajo titulado *La transfiguración del lugar común, una filosofía del arte*,

donde explica de manera detallada la necesaria relación entre la filosofía y el arte, sus implicaciones y los diversos acercamientos al concepto de *arte*. En esta línea, el autor analiza con detalle cómo se distingue una obra estética, cómo se estructura el concepto y qué ocurre en ella a nivel fenomenológico; también reflexiona sobre la tarea y el aporte del arte al pensamiento contemporáneo.

Otra fuente que enriquece este escrito es el trabajo del filósofo polaco Wladislaw Tatarkiewicz, *Historia de seis ideas: Arte, belleza, forma, creatividad, mimesis, experiencia estética*. A través de la lectura de algunos capítulos de este libro, se logra adquirir una claridad global de conceptos fundamentales para el desarrollo de este proyecto, tales como *belleza, forma y creatividad*. Cada uno de estos conceptos posee un proceso histórico, una interpretación particular según el tiempo y la realidad en que se empleen y se articulen con otras experiencias propias de este campo.

Una última fuente de este grupo, es el filósofo surcoreano Byung-Chul Han, con su libro *La salvación de lo bello*, quien analiza con detalle las comprensiones contemporáneas de lo estético, donde lo pulido, lo liso, lo limpio son señales que identifican esta época. Esas características se trasladan a los comportamientos humanos, rechazando lo áspero, lo feo, lo imperfecto, siendo el caldo de cultivo para la exclusión, la afirmación del poder y la violencia.

El segundo grupo de autores, mucho más amplio que el primero, se caracteriza por lograr establecer una relación sólida y profunda entre la vivencia estética y la experiencia de fe, entre la recreación libre y placentera de las formas y el juego liberador que habita en las actitudes y comportamientos del Hijo de Dios. Estas fuentes manifiestan de varias maneras el espíritu transformador y liberador que contiene el encuentro entre el arte y la fe, su riqueza humana, su hondura espiritual y el diálogo constante entre el Artista y el artífice.

En este grupo se encuentra el exquisito texto del papa Juan Pablo II, titulado *Carta a los artistas*, y su comentario (*La belleza que salva, comentarios a la carta a los artistas de Juan*

Pablo II), donde se hace visible la alianza que existe entre el Evangelio y el arte. Otro escrito, fundamental para la buena orientación y pertinencia de este trabajo, elaborado por el teólogo y crítico de arte P. Carlos Novoa, sacerdote jesuita, titulado *Experiencia artística y ética cristiana*, aporta las líneas esenciales y articuladoras entre la vivencia estética y la propuesta liberadora de Jesús, sus aportes y sus implicaciones en la realidad del creyente.

El artículo titulado *Experiencia de fe y creatividad artística*, escrito por el P. Rodolfo E. De Roux, también jesuita, hace un análisis antropológico, enfocado en la conciencia de la persona, con el propósito de evidenciar las relaciones entre la vivencia de la fe y el proceso creativo del arte, sus puntos en común, sus diferencias y variantes. El aporte teológico se fortalece con el bello trabajo del gran teólogo Hans Urs von Balthasar, titulado *Gloria, una estética teológica*, quien comprende la experiencia de fe en Dios, a través de su Hijo, como una real y verdadera vivencia estética, un encuentro cercano y dinámico con lo Bello.

Junto a este autor, se encuentran los aportes complejos y profundos del actual papa emérito Benedicto XVI, siendo en su momento cardenal, expresados en el ensayo *La contemplación de la belleza*, donde explica en qué consiste la belleza de Cristo y su misión: salvar a la humanidad. Otra fuente que se considera importante es el aporte del filósofo español Alfonso López Quintas, con su libro *El poder transfigurador del arte*, quien realiza un detallado estudio sobre cómo se configura la experiencia artística y cuáles son sus aportes al desarrollo humano y espiritual de la persona.

Otros autores relevantes en este grupo son Leonardo Boff, con sus aportes críticos y de actualidad, y el papa Francisco, caracterizado por una teología cercana y misionera. Ellos dos aportan significativamente en una comprensión contextualizada y pertinente del hecho artístico y de la experiencia de fe, recordando siempre que el fin último de la teología es comprender y acercar cada vez más el Misterio de Dios al ser humano.

El tercer grupo de fuentes tiene como elemento común el aspecto pedagógico, el cual busca descubrir las líneas conceptuales y existenciales que permiten el diálogo y la reflexión con el

campo educativo, sus aportes, posibilidades, urgencias y retos. Noam Chomsky, con su libro *¿Quién domina el mundo?*, permite comprender la dinámica actual de aquellos que concentran el poder y los recursos del planeta, y cómo afecta esta realidad a los procesos de liberación y humanización de la persona y la comunidad. El P. Gonzalo Fernández, misionero claretiano, hace un aporte significativo a los procesos educativos y pedagógicos desde la espiritualidad y desde una mirada crítica a la sociedad contemporánea.

Zygmunt Bauman, importante pensador polaco, en su libro *Modernidad líquida*, identifica el carácter líquido e inestable de la sociedad actual. Él demuestra la necesidad de configurar relaciones y encuentros que orienten y estabilicen el horizonte de la comunidad humana. Esta necesidad de construir relaciones distintas y alternativas se conjugan con el trabajo reflexivo hecho por Mario Peresson, sacerdote salesiano, quien afirma que no se puede hacer de la educación una mediación del mercado, ni una legitimación del sistema económico y político actual, debe ser un devenir para la liberación, la autonomía y la dignificación de la persona.

Finalmente, se encuentra como fuente la experiencia de la *comunidad de aprendizaje claretiana*, su caminar, entre aciertos y equivocaciones, en busca de una educación que permita tejer verdaderos encuentros de sentido que enriquezcan los procesos humanos, los libere y los lleve a comprender y vivenciar el amor gratuito de Dios.

El trabajo propuesto se encuentra organizado en tres capítulos: el primero tiene como objetivo *identificar el estatuto prático de la experiencia artística*. Aquí se explicarán de manera detallada los fundamentos de dicha experiencia, el proceso interno que se da en la persona y en la comunidad que se dispone a esta vivencia, su importancia en la sociedad actual y el lugar antropológico de donde surge. Se quiere evidenciar que la persona es un ser dotado de un alto nivel de sensibilidad y libertad que le permite recrear constantemente su realidad, generando experiencias de sentido superiores que la vinculan con lo trascendente, con lo más profundo y humano de la vida.

El segundo capítulo se dedicará a exponer *el estatuto existente en la relación constitutiva del arte con la vivencia de la fe y en distinguir las implicaciones ético – teológicas de dicha relación*. Se explicará el por qué la experiencia artística es una vía adecuada para la vivencia y el fortalecimiento de la fe, siendo la primera un punto clave en el desarrollo del pensamiento y de la cultura humana, puesto que la orienta hacia la búsqueda de la plenitud y el bien. Así mismo, este capítulo quiere afirmar que la experiencia de fe en Jesús, es la vivencia real y radical de lo Bello por excelencia: el Dios de la Vida. Quien asume la *forma* de Cristo vive y refleja en la historia humana la belleza del Creador.

Finalmente, el capítulo tercero presentará *el esbozo de una propuesta pedagógica, a partir de la experiencia del discernimiento y la contemplación, que permita asumir con mayor radicalidad en los creyentes un comportamiento ético coherente*. Aquí se quiere afirmar que la experiencia estética es un camino legítimo para educar y transformar al ser humano, para hacer de su vida una verdadera obra de arte. Hacer del hombre y la mujer sujetos transformadores de su realidad, comprometidos con la causa del cuidado de la vida, requiere de procesos educativos pertinentes, dotados de un alto nivel de calidad humana, por tal razón se propone la *pastoral educativa* como una mediación, entre tantas, que aporta significativamente en la urgente labor de educar para la vida y la comunidad.

Con este trabajo se espera contribuir a los procesos de reflexión teológica y pedagógica sobre el talante estético de la experiencia de fe en Jesús de Nazaret, a partir de una vivencia educativa comunitaria. Se busca obtener algunas líneas de comprensión acerca de la importancia del arte en el proceso madurativo de la fe, evidenciar que existe un dinamismo común entre la experiencia artística y el seguimiento del Hijo de Dios, y afirmar que el hecho educativo cuenta con las herramientas suficientes para acercar a la persona y sus colectivos a una vivencia comprometida y encarnada de la fe.

Para alcanzar cada uno de los objetivos propuestos se recurrirá al *método hermenéutico/interpretativo*, el cual asume, según los planteamientos del P. Alberto Parra, S.I, como objeto inmediato de experiencia y de conocimiento el hecho histórico, y como

objeto mediato y final de comprensión la vivencia amorosa de Dios presente en la misma historia del hombre. Concretamente el método hermenéutico se desarrolla en tres momentos fundamentales: *Texto*, *pretexto* y *contexto*. Aplicando este método a este ejercicio investigativo quedaría esbozado de la siguiente manera:

Texto: La experiencia fundante del Jesús histórico y del Cristo de la fe; quien debe ser el horizonte y la opción fundamental de todo aquel que quiere seguir plenamente su misión: La construcción del Reinado de Dios. Se puede decir que es el horizonte ético, las actitudes y comportamientos que todo creyente debe asumir como propias, lo cual expresaría de manera plena el talante artístico y estético de la vivencia de la fe en Jesús de Nazaret.

Contexto: El espacio temporal en el que todos los creyentes concretizan su fe en Jesús de Nazaret. Es el punto de llegada, es el que otorga verdadero sentido al *texto*, es el que interroga al texto y lo ubica en el momento histórico. En este momento la persona y la comunidad aprehenden que la praxis artística las potencializa de forma particular.

Pretexto: La intencionalidad del optar por Jesús es poder construir, desde criterios éticos, una nueva realidad en la que Dios sea todo en todas las cosas. Esta intencionalidad tiene una honda raigambre artística, la cual se busca desenvolver.

Capítulo 1: El estatuto prático de la experiencia artística

1.1 Por qué se habla de una experiencia artística:

Uno de los principales medios que ha permitido a las sociedades acercarse y vivenciar los valores más altos de la humanidad ha sido el arte, entendido como aquel juego de formas, colores, relaciones, sensaciones, sentimientos y pensamientos que la persona experimenta cuando logra crear un vínculo profundo con aquellas realidades que hacen vibrar con fuerza la vitalidad íntegra del ser.

Esta experiencia artística atrae y activa con fuerza cada uno de los mecanismos con los que cuenta el hombre para percibir su existencia en este mundo. El juego de colores, de formas, de sonidos, de palabras retumban con poder en los sentidos de la persona, haciendo de su cotidianidad un complejo conjunto de vivencias artísticas que nutren incesantemente la historia vital. Es una atracción que fascina, que enamora y que involucra al hombre en un proceso reflexivo de su propia realidad, donde alcanza a comprender que todo lo que rodea y estructura su vida es un campo de múltiples posibilidades.

El papa Juan Pablo II, en su carta dirigida a los artistas¹, llama a ese conjunto de múltiples posibilidades el campo donde el ser humano “expresa su capacidad creadora”. Quiere decir, siguiendo el pensamiento del santo pontífice, que el mundo visible es el lugar fundamental donde se posibilita la experiencia creativa, donde se recrea la existencia, donde se descubre el poder de los sentidos y su actuar transformador en la vida del hombre y la mujer. Es aquí donde ellos se revelan como seres reflexivos, interpretativos, profundos y sensibles ante los fenómenos que constituyen su historia.

El campo donde la persona expresa su capacidad creadora se configura por un sinnúmero de situaciones, de vivencias y de representaciones que le permite descubrir y fortalecer todas sus potencialidades, su creatividad y sus talentos. En ese campo se genera, como una intensa

¹ Juan Pablo II, *Carta a los artistas*, 24.

explosión de sentido, un continuo juego de formas, de sonidos, de movimientos, de sabores, de texturas; un juego de armonías y de equilibrios que dinamizan completamente la experiencia artística.

Así lo concibe el P. Carlos Novoa, S.J., al definir la dimensión estética: “La palabra estético viene del griego *aisthéticos* que significa susceptible de percibirse por los sentidos. El mundo de las artes es el mundo de lo estético, de lo que pasa por la sensibilidad de forma gratuita, placentera y libre”.² El ser humano es *susceptible* a todo lo que acontece en su realidad, es sensible a su medio, es llamado de forma gratuita a ver, escuchar y sentir el milagro de la vida.

Todo este proceso ocurre libremente, se desarrolla en cada persona por estar dotada de mecanismos que accionan su percepción, no le pertenece a una religión, a un grupo político o a un sector particular de la sociedad que lo condicione, es totalmente libre y actúa donde quiere. Es un juego libre, tan libre que penetra, de manera respetuosa, en la humanidad generando en su intimidad el deseo de crear y recrear todo lo existente.

Así lo manifestaba Juan Pablo II al referirse a la misión particular del ser humano: “Dios ha llamado al hombre a la existencia, trasmitiéndole la tarea de ser artífice”.³ El juego de las formas es libre porque hace parte de la misma existencia de la persona, es lo que la define y la plenifica. Así mismo, es un juego libre porque es la manera única en que se dan los procesos creativos, en la libertad se gesta la creación, se construye el pensamiento, los deseos, los sueños, los proyectos, el amor; la tarea de ser artífices se condiciona a la existencia libre, al poder de la voluntad y de la conciencia.

² Novoa, *Experiencia artística y ética cristiana*, 3.

³ Juan Pablo II, *Carta a los artistas*, 24.

1.2 El hombre como artífice de su propia vida:

Nadie puede condicionar el acto libre de la creación ni limitar la experiencia de la percepción por los sentidos. Contemplar un paisaje, fascinarnos con la belleza de una flor, asombrarnos con el nacimiento de una nueva vida son actos totalmente libres. Es la existencia misma fluyendo en el tiempo y en el espacio, es el dinamismo propio de las formas impregnando de sentido la vida, es el llamado continuo a la persona a ser artífice del mundo, a darle forma, significado y vitalidad.⁴

Siendo artífice del mundo el hombre se comunica tal y como es, como un constructor constante de sentidos y de formas, como un re-creador de su realidad, responsable de cuidar y nutrir ese flujo libre de experiencias para generar vida, nuevos juegos de relaciones y vivencias que enriquezcan la existencia. La experiencia estética exterioriza al mundo lo más íntimo y profundo de la persona y de la comunidad, expresa su personalidad, su identidad, su propia espiritualidad. Todo de manera gratuita y libre, sin condición alguna, es una experiencia dada al ser humano para retarlo y llamarlo cotidianamente a la creatividad, con el fin de continuar construyendo y reconstruyendo el mundo, el pensamiento, la cultura, la política, la fe.

Su santidad Juan Pablo II expresó de manera bella la vocación y misión del hombre y la mujer al decir que “cada hombre se le confía la tarea de ser artífice de la propia vida, en cierto modo, debe hacer de ella una obra de arte, una obra maestra”.⁵ Aquí se muestra la tarea existencial del hombre, donde su vida es una construcción continua, abierta y decidida, cada uno de nosotros se hace sensible en la medida que desea ampliar sus horizontes, en la medida en que libremente quiera romper las barreras de lo determinado, de lo imperfecto, de lo aparentemente definido.

⁴ Juan Pablo II, *Carta a los artistas*.

⁵ Juan Pablo II, *Carta a los artistas*, 24.

El papa está tratando un elemento muy profundo en el ser humano, se está refiriendo a la tarea fundamental de su existencia, al papel protagónico que posee en medio de la creación. Su tarea esencial es hacer de su vida una *obra maestra*, es decir, hacer de su existencia una experiencia buena, armónica y profunda. Nieves Acedo amplía esta comprensión indicando que:

...la historia de cada uno es, por tanto, un *realizarse*, un llegar a ser: <No sólo el mundo, sino también *el hombre mismo ha sido confiado a su propio cuidado y responsabilidad*. Dios lo ha dejado en *manos de su propio albedrío* (Eclo 15,14) para que buscara a su creador y alcanzara libremente la perfección. *Alcanzar* significa *edificar personalmente en sí mismo esta perfección* (Veritatis Splendor, 39a)>.⁶

Como se observa la experiencia artística surge de ese querer del ser humano por *alcanzar* su plenitud, de esa decisión libre para construir su vida con sentido y proyección, a partir de una profunda sensibilidad con el acontecer de su propia realidad. En efecto, el hombre participa gratuitamente de un juego creativo que le permite configurarse, según su inteligencia, su voluntad y su apertura a las infinitas posibilidades que le ofrece el mundo.

Este juego de formas, sensaciones y relaciones le concede a la persona cruzar los límites de lo meramente objetivo, lo desprende de los brazos de la rutina humana que lentamente carcome su existencia, corroe su tiempo, sus sueños y sus esperanzas. Dicho dinamismo sobrepasa las fronteras de lo cotidiano y lo traslada al ámbito de los sentidos, de las emociones, de las creencias y del encuentro. Se podría afirmar que el arte, en su gran abanico de posibilidades, tiene la gran misión de mantener al ser racional ligado, de manera gratuita, a la esperanza, al sentido más profundo de lo humano, de salvarlo de su propio devenir.

De esta manera, se rompe con la tendencia natural del hombre al poder de dominio, a ese afán natural de conquistar, manipular y controlar todo aquello que está fuera de él. Los ejemplos de tal condición son abundantes en la sociedad actual. Leonardo Boff describe puntualmente ese comportamiento: "...es el modelo de sociedad: la voluntad del poder como

⁶ Labrada (Ed.), *La belleza que salva. Comentarios a la Carta a los artistas de Juan Pablo II*, 46.

dominación, el puño cerrado para dominar la naturaleza, la tierra, los pueblos, etc., ha agotado su espiritualidad”.⁷

En la misma línea, el papa Francisco habla de las tinieblas que envuelven a la sociedad actual, producto de esa *voluntad de poder*:

...hay densas tinieblas que amenazan y destruyen la vida: las tinieblas de la injusticia y de la inequidad social; las tinieblas corruptoras de los intereses personales o grupales, que consumen de manera egoísta y desaforada lo que está destinado para el bienestar de todos; las tinieblas del irrespeto por la vida humana que siega a diario la existencia de tantos inocentes, cuya sangre clama al cielo; las tinieblas de la sed de venganza y del odio que mancha con sangre humana las manos de quienes se toman la justicia por su cuenta; las tinieblas de quienes se vuelven insensibles ante el dolor de tantas víctimas.⁸

El juego libre se comprende entonces como el respetuoso encuentro con el mundo, es el juego gratuito de relaciones fundamentado en el cuidado de la vida, el acceso libre al dinamismo propio de la creación, es el hombre actuando de manera responsable en medio de la comunidad. La sociedad actual comúnmente está marcada por la búsqueda incesante del poder, que destruye todo tipo de relación cordial, afecta el bien común y destiñe el sentido ético de la acción humana. El *puño cerrado* representa todos los males actuales que someten a la comunidad, haciendo de ella un mero objeto de manipulación y de poder, menguando hasta el extremo el sentido de lo profundo que habita en la persona.

De lo anterior surge una gran preocupación en cuanto que el poder y la manipulación de la persona, junto con la naturaleza, hacen que pierda su forma, es decir, su vitalidad y operatividad ante el mundo. Las tinieblas, a las que se refiere el papa Francisco, destruyen el espíritu del hombre, haciendo de él un cuerpo sin significado, sin unidad ni oportunidad de relacionarse libremente con la gran variedad de expresiones que lo rodean. Al respecto, von Balthasar expresa lo siguiente:

...mediante el cuerpo está el hombre en el mundo, se expresa e interviene responsablemente en la situación de la comunidad humana, inscribe sus acciones en la historia de modo indeleble; y ésta, le guste o no, conserva su huella y arrastra siempre consigo su imagen. Al menos en esto se pecará de que él no es dueño de sí mismo, pues ni es capaz de dominar libremente su propio ser de manera que pudiera darse forma por sí mismo, ni es libre de

⁷ Restrepo, Javier Darío. *Leonardo, el profeta*, 25.

⁸ Francisco, “Homilía en santa misa por Simón Bolívar”, 38.

comunicación, ya que, en cuanto a cuerpo, es de antemano compartido y, más aún, sólo es capaz de recuperarse a sí mismo a partir de la coparticipación.⁹

Conviene subrayar, que una comprensión objetiva del hombre, y en general de todo lo creado, afecta profundamente la realidad de toda la comunidad, marcando permanentemente en la historia su acción. De ahí la importancia de la creación de tejidos de relación y de encuentro que reconfiguren los altos alcances positivos que puede lograr el ser humano junto con los demás. Esos tejidos construyen nuevas maneras de comprender el mundo, rescatan del poder de dominio a la persona, valoran la expresión y la comunicación que se gesta en el juego libre de la vida.

En este punto es pertinente lo que dice von Balthasar cuando expresa la importancia de la forma¹⁰ dentro de la comprensión de la belleza:

¿Qué es el hombre sin la forma que, en definitiva, es su propia ley individual? El que destruye esta forma y la menosprecia es indigno de la belleza del ser y será desterrado por inconsistente de la consistencia y la gloria de la realidad. El que desintegra su propio cuerpo vivo y lo condena a la inexpresividad y a la infecundidad es aquel leño seco que el Evangelio destina a ser arrojado al fuego.¹¹

La experiencia artística surge libremente en el interior de la persona, tiene su raíz en el encuentro diario con las diversas realidades que afectan e influyen en su integralidad. Encuentra su origen en ese tejido subterráneo de sensaciones, de afectos, de ideas, de impulsos que diagraman su vitalidad y que se activa cada vez que es consciente de su existencia y cada vez que entra a interactuar con todas las circunstancias que el mundo mismo le provee. La vivencia artística, entonces, pone en juego todas las capacidades que le son propias al hombre, articulándolas gratuitamente con el mundo de las formas y los sentidos, otorgando satisfacción y plenitud.

Como se ha indicado, la experiencia artística encuentra su núcleo fundamental en la sensibilidad lograda a través de los sentidos. Sin embargo, es importante saber distinguir el

⁹ Von Balthasar, *Gloria, Una estética teológica*, 25.

¹⁰ Para el autor la forma es el ser del hombre y no constituye un límite para el espíritu y la libertad, sino que se identifica con ellos.

¹¹ Von Balthasar, *Gloria, Una estética teológica*, 27.

tipo de percepción que se experimenta a través de ellos. Von Balthasar lo advierte cuando describe las diferentes maneras en que se ha concebido la belleza y por consiguiente la forma: “Nuestros ojos, avezados como los de los insectos a descomponer la realidad en mil facetas diferentes, sólo se adaptan a lo fragmentario, a lo cuantitativo; poseemos una visión puramente analítica del mundo y del alma y somos incapaces ya de ver la totalidad”.¹²

1.3 El lugar antropológico de la experiencia artística:

La sociedad actual ha ido olvidando que es capaz de construir esos tejidos que la conectan con sensaciones, emociones y sentimientos que son propios de su ser, con experiencias que la pueden trasladar a un ámbito que transforme su visión fragmentaria, cuantitativa e instrumental de su realidad. Es posible afirmar aquí que la vivencia artística, la apertura a lo sensible haga de los hombres seres capaces de asumir acciones y comportamientos éticos que los comprometan con lo profundo, con la vida, con los valores, con la misma existencia.

La experiencia artística nace cuando se activa "... ese centro totalmente concreto de afectos y operaciones conscientes, que cualquiera designa como su propio yo...".¹³ De Roux se refiere a ese juego de relaciones, de realidades y de formas que estimulan significativamente la conciencia y la voluntad de la persona humana, y que, por lo mismo, la configuran como una unidad, como un ser integral, dotado de una identidad particular. Por lo tanto, es en ese proceso de correlaciones vitales donde aflora la experiencia artística del ser humano, esta experiencia se da gracias a esa "...polifonía en la que se integran, mutuamente se remodelan, a veces también entrechocan, urgencias biológicas, afecciones sensoriales y resonancias afectivas, impulsos tendenciales y búsquedas intelectuales, opciones comportamentales y compromisos interpersonales".¹⁴

¹² *Ibíd.*, 28.

¹³ De Roux, *Experiencia de fe y creatividad artística*, 475.

¹⁴ *Ibíd.*

Se ha de notar que esta polifonía de la que habla el autor en mención define, en últimas, a la persona humana, y es en ella donde sucede el despertar del devenir artístico. La persona es definida por esta polifonía de afectos, sensaciones y pensamientos porque son aquellas experiencias las que le otorgan identidad y conciencia de su quehacer en el mundo, son experiencias que configuran su personalidad y su manera de relacionarse con su entorno. Así las cosas, es en el ámbito personal donde emerge tal experiencia.

Acerca de este planteamiento sobre el lugar antropológico donde surge la experiencia artística, De Roux realiza un análisis significativo sobre la manera en que se desarrolla la compleja polifonía de afectos y realidades conscientes que ocurren al interior de la persona; él afirma que:

En esa polifonía de nuestra conciencia, como experiencia primaria de nosotros mismos, afincados y abiertos en el centro de un abanico de correlaciones, puedo desentrañar tres vectores dinámicos, que la recorren en su totalidad, y dan razón de la multiplicidad de sus estados y operaciones. En primer término, un dinamismo que denomino *estético*. Emerge de nuestra corporeidad, como sensorialidad y afectividad; constituye el ámbito primario que designo como psíquico [...] Enraizado en ese dinamismo estético, pero sobrepasándolo, constato otro de índole *inteligente y razonable* que elabora y promueve nuestro ser actores insertos en la realidad del mundo y de la historia, rescatados a la simple fantasía o al mero subjetivismo cognitivo. Descubro, en fin, un tercer vector que [...] responde a ese toque misterioso, atrayente y motriz, del ser que llamo *valor*. En él se asienta y desarrolla mi capacidad más honda de correlación, cósmica pero sobre todo interpersonal, que caracterizo como amor, de intimidad y de solidaridad, en el ámbito-horizonte de un amor más ancho y raizal, potenciador de todos los demás amores, que reconozco como amor a Dios.¹⁵

Estos *tres vectores* (estético, inteligible – razonable y valor) dinamizan la experiencia que se viene analizando, conforman una estructura que da paso a las diversas operaciones del ser humano en relación con su mundo, con lo otro, con aquello que es capaz de definirlo y de situarlo. Ese dinamismo estético valora la corporeidad, rescata el cuerpo humano, resignifica los sentidos y la afectividad, aspectos esenciales que definen la vitalidad y la existencia humana, que hacen que la persona se mantenga en el hilo de la historia, de su propia realidad, consciente de sus luchas, sus esperanzas, sus temores y sus limitaciones.

¹⁵ *Ibíd.*, 476.

Es significativo que el dinamismo estético esté directamente articulado con la *realidad del mundo y de la historia*, lo cual permite concluir, por obvio que parezca, que el *vector estético* obliga a la persona y a la comunidad a mantenerse ubicado en un tiempo y un espacio particular, en un momento de la historia. Dicha ubicación histórico-temporal necesita ser interpretada, contemplada, reflexionada y trasformada por un ejercicio vinculante y libre entre el juego de sentidos y el acontecer de la vida.

En esto coincide von Balthasar cuando expone la necesidad de comprender la existencia humana a través de un *ojo espiritual* que tenga la capacidad de percibir el juego de las formas con una actitud de profunda reverencia:

No se trata de una serie de actos puntuales aislados, con los que el hombre atravesase la banalidad y dispersión de su existencia cotidiana abriendo algo así como orificios para atisbar el Absoluto, pues con ello no recuperaría su dignidad perdida; se trata más bien de una forma vital, dispuesta y pronta para ennoblecer su misma vida cotidiana y que, por consiguiente, puede lograrlo.¹⁶

Tal como lo afirma el autor citado anteriormente, no se trata de ir reuniendo aquellos fragmentos de la historia que posiblemente acercan al hombre a lo profundo, sino comprender que toda la existencia humana es una puerta abierta al Absoluto. Tanto De Roux como von Balthasar armonizan en que la experiencia estética logra conducir al ser humano a un ámbito de mayor envergadura que fundamenta su subjetividad, sus valores y su acción en el mundo.

Continuando con la propuesta del P. De Roux, el proceso estético, que dinamiza los sentidos y la razón, apunta a una realidad superior, permite trascender a una experiencia superior, llamada *valor*, que proyecta la experiencia humana a una realidad mayor que conecta con lo trascendente, con lo más profundo del ser humano, con experiencias que otorgan sentido a la vida, al tejido comunitario, se relacionan directamente con Dios, con el amor, con todos aquellos valores que humanizan la vida.

¹⁶ Von Balthasar, *Gloria, Una estética teológica*, 27.

Este juego de relaciones, esta *polifonía*, desde la cual se estructura la experiencia artística, también coincide con la propuesta estética del español Alfonso López Quintas¹⁷, quien afirma que el devenir estético contiene un poder formativo que hace que el ser humano se libere de su cotidianidad, de lo ya sabido, de lo programado y lo rutinario, es decir, lo *di-vierte*, haciéndolo vivir procesos creativos sumamente valiosos que lo sumergen en ámbitos fuertemente expresivos que son construidos por personas con una alta sensibilidad, con el objetivo de elevar la calidad de la vida humana.

El autor comprende al ser humano como un ser diseñado para el *encuentro*, *el hombre es un ser de encuentro*, se construye, se define y se desarrolla gracias a la posibilidad de encontrarse con diversos tipos de realidades. Estas realidades van edificando íntegramente las distintas dimensiones del hombre, su comportamiento, sus sentimientos, su sentido de trascendencia, su sentido comunitario, su memoria, etc. Sin embargo, para que esta experiencia de encuentro se dé y repercuta en el desarrollo humano de la persona, debe existir una comprensión mayor de las realidades que lo rodean, es necesario considerar dichas realidades como *ámbitos* y no solo como *objetos*.¹⁸

Para López Quintas, esta comprensión de las realidades que configuran la existencia humana es fundamental, pues posibilita la experiencia artística en la medida en que la persona hace un ejercicio de *conversión*, hace un cambio de paradigma, en pasar del ideal de *dominio, posesión y control* a un ideal de *respeto, encuentro y solidaridad*. Esta conversión es esencial en el ser humano para abrir la puerta a lo profundo de la persona y de la comunidad, permitiendo acceder a experiencias totalmente sensibles, significativas y humanizadoras.

Es interesante analizar un poco más a fondo ese ejercicio de conversión o ese cambio de paradigma conceptual y emocional propuesto anteriormente. Superar la comprensión objetiva de la realidad es vital si se quiere acceder a una experiencia artística. Cuando el autor habla de *objeto* (del latín *ob-jacere*) se está refiriendo a lo que está frente a la persona, aquello

¹⁷ López Quintas, *El poder transfigurador del arte*, Capítulo 1.

¹⁸ *Ibíd.*, 24.

que es distinto a ella (su *ser*), son todas aquellas situaciones que están ahí en su realidad pero que no afectan su existencia (o no lo permite).

Son realidades que analiza el hombre sin comprometer su propio ser. Son medibles, pesadas, situadas en el espacio, pueden ser manipuladas, modificadas, etc. Este tipo de situaciones que no crean un puente relacional con la persona son comprendidas como ámbitos objetivos, y tienen como elemento característico su enajenamiento con la dinámica interior del ser humano, al igual que una actitud distante e indiferente.

La otra realidad a la que se refiere López Quintas, y que llama la atención por permitir acceder a la experiencia estética, es la de los *ámbitos*. Estos, que, aun perteneciendo a las realidades objetivas, no pueden ser abarcables ni manipulados, ni mucho menos delimitados, pues pertenecen al campo de lo ético, de lo afectivo, de lo visceral, de lo religioso, de lo estético; son realidades que superan los cálculos, las medidas, son definitivamente de un alcance superior.

En este sentido se encuentra, por ejemplo, la experiencia del amor: “El amor es algo real, y lo mismo el influjo que ejercemos unos sobre otros, pero su realidad no es del mismo tipo que la de los objetos; tiene un alcance mayor y escapa en buena medida a la vista, al tacto, al cálculo preciso. Pero puede de alguna manera imaginarse”.¹⁹

El vínculo establecido con diversos tipos de realidades, que fluyen de manera autónoma y que producen placer, van configurando en la persona una manera particular de ser, teje una identidad gracias a las experiencias significativas con aquellos ámbitos. López así lo explica cuando afirma que: “La persona humana se configura y desarrolla creando vínculos de diverso orden con multitud de realidades: la familia, la escuela, la Iglesia, el pueblo, el paisaje, la tradición, las amistades, las obras culturales, la vida profesional, los valores en todo orden, el Ser Supremo...”.²⁰

¹⁹ *Ibíd.*, 25.

²⁰ *Ibíd.*

Esos vínculos, esos encuentros que el hombre y la mujer establecen en la cotidianidad con infinidad de realidades influyen directamente en la voluntad y la conciencia de cada uno de ellos y traen consigo experiencias fundantes, experiencias que otorgan sentido a la existencia, vivencias que marcan la historia de la persona, memorias que trazan la dinámica vital.

Todo este conjunto libre de relaciones y vivencias crea en el ser humano una personalidad. “Esta trama de experiencias constituye un gran campo de juego, en el cual la persona va adquiriendo un modo de ser particular, una *personalidad* cada vez más definida, una especie de segunda naturaleza”.²¹ Esa especie de *segunda naturaleza* se encuentra directamente relacionada con la comprensión griega de la ética, la cual se refiere a las actitudes y comportamientos que la persona va adquiriendo ante la vida, a aquellos actos que la trasladan o la vinculan con un nivel superior de la existencia y que le otorga sentido a la misma.

Como ejemplo de ello se puede mencionar los actos de solidaridad con las personas y comunidades desplazadas por el conflicto armado, donde más allá de prestar una asistencia humanitaria, se generan vivencias afectivas y fraternas que enriquecen el ser de la persona y de la comunidad. Todo ello permite superar la mera realidad objetiva y descubrir el juego de sentimientos, pensamientos, esfuerzos y memoria que constituye a las personas que han sufrido este flagelo. Prestar este servicio a las personas y a la comunidad genera una realidad de placer, pues otorga sentido a la vida, se crea una legítima relación con lo profundo, con el ámbito de los valores, es la activación de aquel mencionado *vector de valor* que nos vincula con el Absoluto.

Recreando la idea anterior, es significativa la afirmación de Juan Pablo II cuando habla acerca de la manera en que el hombre descubre la belleza: “El modo en que el hombre establece una relación con el ser, con la verdad y con el bien, es viviendo y trabajando”.²² No hay otra mediación para crear el encuentro con el bien. El juego libre y gratuito de formas se da en la

²¹ *Ibíd.*

²² Juan Pablo II, *Carta a los artistas*, 25.

vida misma, se produce en las relaciones y acciones que constantemente ofrece el ser humano a la sociedad.

Esta idea sobre los *ámbitos de realidad* permite el acceso al campo de la experiencia artística, ya que conecta a la persona a otras latitudes, le ofrece otro tipo de posibilidades para actuar de manera creativa, a un nivel al que la simple comprensión objetiva no lo permite. Es claro que para poder acceder a la experiencia artística es necesaria la creación de puentes de relación que afecten y hagan vibrar el ser de la persona con los objetos, activar esa *segunda naturaleza*, la cual posee un lenguaje común con la vivencia de lo artístico, un lenguaje que se relaciona directamente con la personalidad, se vincula con el juego gratuito de las formas y se conjuga con actitudes y comportamientos que generan vida y dan sentido a la existencia misma.

Esta posibilidad de actuar creativamente es fundamental dentro de la experiencia artística porque activa diferentes tipos de potencialidades que poseen los objetos, las personas y las experiencias que se pueden tejer. Cada una de estas realidades, dentro de ese juego de relaciones, encierra un conjunto de posibilidades que elevan a un nivel superior su existencia, facilita la creación de nuevas vivencias, nuevas situaciones; permite el descubrimiento de potencialidades, habilidades, dones y talentos; afianza prácticas que dignifican y mejoran la vida, genera relaciones que acercan cada vez más a las personas y a la comunidad a realidades verdaderas de paz y reconciliación.

Es viable decir entonces que la experiencia artística despierta la acción creativa en la persona humana, permite descubrir la infinidad de posibilidades que se esconden en su ser, que al descubrirlas y al ser puestas en la dinámica de las relaciones y del encuentro conducen a una experiencia de placer y libertad que producen vida, alegría y esperanza.

En conclusión, cada realidad, cada ámbito que entra en relación con otros, es un camino que conduce a la creatividad, a la posibilidad de construir nuevos planteamientos, nuevas experiencias que signifiquen la cotidianidad del hombre, la llenen de color, de sentido, de

comprensiones y de relaciones que lo saquen de las meras impresiones objetivas y frías de su existencia.

Asumir una *actitud creativa* es la manera concreta de acceder a ese campo de significación que está en cada situación dada por la realidad, es mantener activa aquella *doble naturaleza* a la que se referían los griegos, esa *personalidad* o manera de ser particular que hace de las realidades cotidianas experiencias significativas, llenas de profundidad, sentido y acción.

Esta actitud creativa llena de posibilidades la realidad, la libera de la estructura objetiva y la encamina al encuentro de las realidades más humanas y sensibles, con el amor, la paz, el dolor, la muerte, la solidaridad, la piedad, la fe... todas ellas realidades esenciales que definen al hombre y la mujer. Sobre estos procesos los niños mantienen intacta dicha actitud creativa, ellos son expertos en el arte de transformar los objetos en ámbitos, son excelentes recreadores de lo común, una simple caja de cartón se convierte en una nave intergaláctica, un tajalápiz en un carro de carreras, un oso de felpa en su mejor y más cercano amigo de aventuras.

Reflexionar sobre el arte significa detenerse a discernir sobre la experiencia humana y sobre la experiencia de fe, exige revalorar las diversas condiciones que a lo largo de la historia se han construido para dar lugar a las relaciones humanas y cósmicas, exige comprender al hombre y a la mujer como seres que trascienden, que reflexionan y que son capaces de superar las fronteras de lo establecido.

Capítulo 2: El estatuto existente en la relación constitutiva del arte con la vivencia de la fe y sus implicaciones ético-teológicas

2.1 Introducción:

El ser humano, a lo largo de la historia, ha cultivado su experiencia artística a través de múltiples maneras (la música, la pintura, la poesía, la danza, las fiestas, la cerámica, etc.), con el propósito de expresar distintas dimensiones y situaciones que configuran de su existencia, entre ellas su fe. Esta experiencia artística se convierte en una reserva de valores que configuran una determinada forma de ser, de pensar, de actuar, de interpretar el mundo y la historia. Aquí se configura un horizonte ético, el cual se fundamenta en el mismo sentir y existir del hombre y la mujer, posibilitando una manifestación libre de su acontecer en el mundo, de sus tradiciones, de sus sufrimientos, de sus alegrías y de su sentir íntimo de ese Dios que camina junto a ellos.

Acorde con lo anterior, es posible pensar que en la experiencia artística se está expresando una forma particular de ser hombre y mujer, de ser comunidad y de ser creyente. Lo artístico otorga sentido, recoge la memoria, orienta el comportamiento y la actitud de vida de los miembros de una comunidad; expresa algo bello, hasta el punto de considerarlo sagrado; manifiesta los sufrimientos, el dolor, las angustias. En esta negatividad o negación de la vida se puede sentir, contemplar el paso y la presencia viva de Dios que actúa solidariamente y que por lo mismo se hace bello, se hace bueno, se hace creación de Dios.

Es el hombre y la mujer entonces seres creadores de sentido, transformadores de realidades que dan a su vida una verdadera plenitud, una dinámica que les otorga felicidad y los hace partícipes del ámbito de lo *trascendente*. Con ello se quiere decir que la persona tiene en su ser un don que lo capacita para entrar en relación con el mundo de lo divino, con esa realidad que está más allá de su cotidianidad, más allá de su estar en el mundo, tal como lo recuerda von Balthasar: “Lo bello emana de la fuerza divina que sobrepasa toda medida, que es

sobreabundancia y desbordamiento”²³. Se trata de un don que lo hace capaz de crear un encuentro con lo luminoso, con lo bello, con esa realidad trascendente que lo empuja y que lo mantiene aferrado a la vida. Ese don tan sublime es el *arte*.

El hombre puede y debe vincularse y potencializar su experiencia de fe en el Dios de la Vida a través del arte, pues es la manera más bella de expresar esa íntima relación con Dios y con el mundo, es una manera de comunicar *algo* de esa sublime belleza divina a la humanidad. En la vivencia artística se encuentra una forma particular de comprender el mundo, el hombre y la presencia viva del Cristo en la realidad; esta experiencia consiste en contemplar la creación, en percibir con los sentidos ese juego de formas, colores, sonidos, olores, líneas y demás elementos que la configuran. De esta manera se vive una serie de sentimientos, sensaciones y placeres que vinculan a la persona con lo trascendente, es decir, con lo luminoso.

2.2 *La experiencia estética: medio fundamental para la trascendencia:*

Sin duda, la experiencia artística genera en el ser humano una especial sensibilidad y responsabilidad frente a su propia realidad. Esta experiencia abre las puertas a un ámbito mayor donde tiene la posibilidad de descubrirse como persona, contemplar libremente los juegos de formas que configuran la vida, y hacer nuevos campos de relación y de sentido que potencian su existencia.

Es necesario recordar nuevamente las palabras del papa Juan Pablo II, en su *Carta a los artistas*: “a cada hombre se le confía la tarea de ser artífice de la propia vida, en cierto modo, debe hacer de ella una obra de arte, una obra maestra”²⁴. El arte permite dicha tarea, la experiencia artística despierta, estimula y adecúa los sentidos para que el hombre descubra, construya y transforme su existencia y la de los demás. Hacer de la vida *una obra de arte* significa llenar de verdadero sentido la vida humana en relación con sus semejantes y el

²³ Von Balthasar, *Gloria, Una estética teológica*, 62.

²⁴ Juan Pablo II, *Carta a los artistas*, 24.

planeta. Expresa la búsqueda incesante por realizarse, por ser mejor, por sentirse bien, feliz, pleno con su vida.

El P. Carlos Novoa, S.J. explica adecuadamente el sentido profundo y la finalidad de tal expresión:

Las dinámicas vitales de la generosidad, la gratuidad y el desinterés son las únicas que superan todo tipo de discriminación y garantizan la realización plena e integral de todas las mujeres y hombres del mundo. Y estas dinámicas conforman la quintaesencia del camino estético. Por esto, el arte es un espacio privilegiado de lo auténticamente humano.²⁵

El devenir artístico adquiere sentido si realmente favorece el desarrollo pleno de la persona y de la comunidad, transformando las comprensiones y prácticas que se dan en ellas, motivándolas a vivir los valores humanos: la solidaridad, la paz, la justicia, el amor, etc. La obra maestra de la vida se configura en la medida en que vamos aprendiendo a leer en la vivencia estética aquellas dinámicas vitales que menciona el P. Novoa. Es fundamental que, de la apreciación de una obra artística, de la contemplación de un paisaje, de un rostro, de una situación particular de la realidad, se genere un movimiento interno en la persona que lo impulse, lo arroje a vivir su existencia a partir de actitudes y comportamientos nuevos y transformadores.

No es posible que al hacer un ejercicio estético no haya un movimiento interno que transforme, que sacuda la cotidianidad del hombre, que no lo invada de esas dinámicas tan sensibles y necesarias. La vivencia del arte lo debe acercar cada vez más a la generosidad, a la gratuidad y al desinterés, lo debe impulsar a asumir una actitud diferente frente a la vida, una actitud liberadora, crítica y fraterna con el mundo.

Esto permite concluir que el arte, en general, es un golpe contundente a la conciencia del ser humano, donde le recuerda que su existencia está ligada con lo profundo, con lo trascendental, con la vida misma; así lo afirma el cardenal Ratzinger, recordando a Platón: “Platón considera el encuentro con la belleza como esa sacudida emotiva y saludable que

²⁵ Novoa, *Experiencia artística y ética cristiana*, 9.

permite al hombre salir de sí mismo, lo “entusiasmo” atrayéndolo hacia el otro distinto de él”²⁶. El arte entonces es un llamado a la vida, a la búsqueda constante del otro, a la construcción comunitaria de la existencia, es caminar de la mano de la generosidad y la gratuidad con el propósito de ser auténticas obras de arte.

Sin embargo, diversas propuestas artísticas actuales no ofrecen ni conducen a esas dinámicas vitales, están vaciadas de sentido humano y de trascendencia, así lo describe el filósofo coreano Byung-Chul Han:

Jeff Koons dice que lo único que tiene que hacer el observador de una obra es emitir un simple “Wow!”. Evidentemente, en presencia de su arte no son necesarios ningún juicio, ninguna interpretación, ninguna hermenéutica, ninguna reflexión, ningún pensamiento. Su arte se queda intencionadamente en infantil, en banal, en un arte que nos gana y nos desagravia. Está vaciada de profundidad, de toda abisalidad, de toda hondura. Su lema es este: “Abrazar al observador”. Nada debe conmocionarlo, herirlo ni asustarlo.²⁷

Mas adelante dice:

Hoy, lo bello mismo resulta satinado cuando se le quita toda negatividad, toda forma de conmoción y vulneración. Lo bello se agota en el “me gusta”. La estetización demuestra ser una “anestización”. Seda la percepción.²⁸

El cardenal Joseph Ratzinger, actualmente el papa emérito Benedicto XVI, también identifica que en la sociedad contemporánea se encuentran tejidos artísticos que distorsionan completamente el sentido real de la belleza:

La belleza falaz, falsa, que ciega y no hace salir al hombre de sí mismo para abrirlo al éxtasis de elevarse a las alturas, sino que lo aprisiona totalmente y lo encierra en sí mismo. Es una belleza que no despierta la nostalgia de lo indecible, la disponibilidad al ofrecimiento, al abandono de uno mismo, sino que provoca el ansia, la voluntad de poder, de posesión y de mero placer.²⁹

Este amplio y preocupante planteamiento exige establecer herramientas concretas que permitan sensibilizar y comprometer al observador con su entorno; estrategias que lo ligen con los diferentes ámbitos de realidad que se dan en el juego libre de las formas. Como se decía antes, el arte debe ser un golpe a la conciencia, una sacudida a la existencia, con el objetivo de romper con lo inmediato, lo ligero y lo líquido. Es urgente superar el pensamiento

²⁶ Ratzinger, *La contemplación de la belleza*, 2.

²⁷ Han, *La salvación de lo bello*, 12-13

²⁸ *Ibíd.*, 18.

²⁹ Ratzinger, *La contemplación de la belleza*, 7.

superfluo, perezoso y acrítico que tanto mal hace a la sociedad actual, donde se evidencia un distanciamiento con las diversas situaciones que afectan al hombre y al planeta; es una necesidad primordial hoy romper el cascarón del conformismo, de las ideas cortas, del letargo que arrincona la vitalidad humana en intereses vagos y de poco impacto.

Tal vez las tecnologías de la información, los medios de comunicación, la ansiedad por el consumo, la fijación en la apariencia física y una cantidad de situaciones más que se sintetizan en la acción de colocar como centro de los valores y preocupaciones humanas el poder y el dinero, han pasado ya factura a la humanidad. La belleza le ha sido arrebatada a la persona y con ella su espíritu de solidaridad y de generosidad. El poder y el pensamiento inmediato y pragmático que pulula en las calles hoy obstaculiza la acción liberadora y transformadora de la experiencia artística.

El hombre y la mujer no pueden ser meros espectadores de la realidad, simples consumidores de acontecimientos, de situaciones que no afectan ni involucran su ser; no puede conformarse con expresar y sintetizar sus sentimientos en un frío y lejano *me gusta*. Este fenómeno es ilustrado adecuadamente por Arthur Danto cuando afirma que:

Para que el bien exista en alguna de sus formas, no se necesita solo conciencia, sino conciencia emocional. La observación no basta, hace falta la valoración. La capacidad de respuesta está unida al concepto de emoción, hasta tal punto que resulta difícil saber cómo sería la vida moral, si no hubiera respuesta como la indignación, el interés, la vergüenza o la compasión.³⁰

El dolor de la humanidad en tantas latitudes del planeta debe *sacudir* la conciencia de la persona; el milagro de la vida debe emocionar y comprometer a la sociedad. La respuesta a tantas situaciones políticas, económicas, culturales y religiosas supera indiscutiblemente la observación vacía y sin aliento. El arte tiene la tarea de estimular esa respuesta, alentando a la conquista de la profundidad, de la interpretación, del juicio ético ante el acontecer humano.

Así como en la obra de Koons, en donde solo basta y se espera un *¡Wow!* para valorarla (si a esto se le puede llamar valoración, atendiendo al llamado de Danto), en otros ámbitos

³⁰ Danto, *La transfiguración del lugar común*, 148.

contemporáneos solo se le exige a la persona un gesto de admiración, nada más, no necesita pensar, profundizar ni reflexionar. Todo está dado, es simétrico con respecto al sistema establecido, ya otros han pensado y valorado por ella, han definido qué es *bueno*, qué es *bello*, qué es lo *justo*, lo *malo*, ya todo está decidido. La función entonces del hombre es admirar todo eso, funcionar adecuadamente dentro de ese sistema preestablecido, no requiere un esfuerzo mayor en la elaboración de respuestas, no debe sufrir, no necesita poner en marcha sus sentidos ni su intelecto.

Teniendo en cuenta lo anterior, es probable decir que existen profundos rasgos que esbozan el rostro de una sociedad apática, blanda, insensible e incapaz de trascender en sus pensamientos y en sus acciones. Un dinamismo estético que tiende a debilitar el comportamiento ético de la comunidad porque carece de profundidad en sus discernimientos, en su poder de decisión y es temerosa al compromiso. No solamente la experiencia estética se encuentra como sedada en su percepción, como lo ha dicho Han, sino la misma acción humana.

Todo lo desagradable, lo feo, lo negativo desequilibra el *orden* de lo decididamente bello, esto perturba, desacomoda y desentona con el discurso de lo instituido, lo cual pertenece al ámbito de lo objetivo, caracterizado por ser incorruptible, de no requerir mayores relaciones y si las hay no pueden contrariar el orden, pues al hacerlo se percibe como impertinente y violento.

El análisis hecho hasta aquí, permite concluir que la experiencia artística posee intrínsecamente el poder de transformar el pensamiento, las actitudes y comportamientos de la persona y de la comunidad. Por más que se quiera reducir a una vivencia simplista y vaga de la percepción, el movimiento constante de las formas, el dinamismo de las realidades humanas y la vocación a lo trascendental impiden el acartonamiento de la conciencia y la voluntad del hombre.

El arte tiene el poder de despertar y activar la voluntad de las personas, motiva a la comprensión y vivencia de los valores más humanos y trascendentales, acerca a lo profundo de las cosas y de las relaciones, mueve las fibras más sensibles del corazón y recuerda el llamado a la realización plena en el mundo. Es significativo en este aspecto, la manera en que el P. Novoa aborda la belleza contemporánea y su función actual:

La belleza contemporánea es difícil y compleja, incluso dolorosa. Una experiencia desconcertante y extraña. Los artistas se dejan afectar por la vida y desde allí, desacomodan nuestras miradas, producen fisuras en las convenciones con las que nos protegemos de la existencia. Al representar el mundo, lo cargan de sentido antes inadvertido, hacen visibles aspectos inéditos, otorgan una nueva presencia de la realidad. Allí radica la hermosa potencia de choque de las obras, muchas de ellas son un remolino en el río, realzan el flujo de la existencia en otras direcciones.³¹

Es de notar que en este planteamiento se hallan algunos puntos esenciales que ayudan a vislumbrar el papel definitivo de la experiencia artística en el desarrollo ético y trascendental del ser humano en medio de la sociedad. En primer lugar, el arte tiene la misión sustancial de *desacomodar* lo establecido, romper con prácticas e incluso paradigmas epistemológicos, políticos, económicos, sociales y culturales que violentan y reducen la vida humana y la ecología, haciendo de ella un mero objeto de consumo, de explotación y de manipulación. El arte, en su juego de formas, colores y realidades, es uno de los medios más efectivos para despertar la conciencia crítica, revitalizar la memoria de los pueblos, motivar a la esperanza y la solidaridad.

El arte sintoniza nuevamente los lenguajes y las relaciones que este produce, asumiendo el riesgo de traspasar las fronteras de lo dado, de lo ya esperado, proponiendo nuevas maneras de comprender las realidades en las que el hombre está inmerso. Así, se exploran nuevas posibilidades y significados, atendiendo la necesidad de revitalizar y dotar de otros sentidos la existencia. Ya los padres del Concilio Vaticano II, en su saludo a los artistas, lo afirmaban: “Este mundo en que vivimos -decían- tiene necesidad de la belleza para no caer en la desesperanza. La belleza, como la verdad, pone alegría en el corazón de los hombres; es el

³¹ Novoa, *Experiencia artística y ética cristiana*, 2.

fruto precioso que resiste a la usura del tiempo, que une las generaciones y las hace comunicarse en la admiración”.³²

El arte anima la vida, pone de manifiesto que hay esperanza y nuevos caminos que recorrer para renovar la humanidad y no caer en comprensiones del hombre y de la realidad estáticas y poco dicientes en la historia actual.

En segundo lugar, el arte al cargar de nuevos sentidos la existencia, logra arrancar al ser humano de la visión primaria de la vida, comprendida como una mera subsistencia en el mundo, una relación superficial y objetiva que no transforma ni recrea la cotidianidad. La belleza hallada en la experiencia artística desajusta estas maneras básicas de percibir la vida y conduce al hombre a lo profundo de las relaciones, producto del encuentro con lo próximo, lo cercano, lo diferente y lo nuevo. Esto permite la conquista de lo trascendente, los significados y los lenguajes, en síntesis, de una experiencia plena y liberadora. Así lo plantea De Roux, al afirmar que:

Este estado dinámico puede y debe relacionarse con el impulso raizal de autotrascendencia, que nos está arrancando siempre de la mera animalidad y nos va llevando en nuestra aventura de relación con el mundo y con nosotros mismos, como quienes conocen, valoran deciden con libertad y aman. Pero esa autotrascendencia solo aquí alcanza su plenitud insuperable, en el estado dinámico de este amor insondable, de acogida y entrega, que intentamos circunscribir con la expresión de *experiencia religiosa*.³³

2.3 El hecho histórico de lo trascendente: punto de articulación entre la experiencia artística y la experiencia de fe.

Juan Pablo II afirmó que “el arte, incluso más allá de sus expresiones más típicamente religiosas, cuando es auténtico, tiene una íntima afinidad con el mundo de la fe”. Tal expresión complementa lo que se ha dicho de diferentes maneras: la experiencia artística contiene en sí un hecho primordial que enriquece en su totalidad la existencia humana y en su vínculo con lo trascendental. Esta experiencia no solo es fundamental en el proyecto de vida del hombre y la mujer, sino que es clave en el desarrollo histórico del pensamiento, en

³² Juan Pablo II, *Carta a los artistas*, 28.

³³ De Roux, *Experiencia de fe y creatividad artística*, 477.

la comprensión de las sociedades, puesto que da sentido, profundidad y razón al quehacer humano en el mundo.

Es de gran interés esta experiencia, pues deja claro que la última palabra con respecto al futuro del ser humano no está exclusivamente en las manos de la ciencia, se comparte, y en una gran proporción, con el campo de lo trascendente, propio de la vivencia artística; así lo explica Gabriel Insausti, haciendo un comentario a la *Carta a los Artistas* de Juan Pablo II, cuando dice: “la ciencia no tiene el monopolio del discurso y, como afirma la *Carta*, el arte aspira con tanta o más legitimidad a *dar sentido a la vida*”.³⁴

La vivencia artística se interpreta como medio esencial para llenar de sentidos los diferentes ámbitos humanos, a veces contaminados por la exactitud de las ciencias, viciados por el afán de poder y paralizados por la inmediatez del tiempo. Para von Balthasar ese hecho primordial es la *belleza*: “La belleza, última palabra a la que puede llegar el intelecto reflexivo, ya que es aureola de resplandor imborrable que rodea a la estrella de la verdad y del bien y su indisoluble unión”.³⁵ La belleza, como se observa, es la palabra fundamental en la existencia del ser humano, es la palabra que lo puede definir, la que le otorga identidad y la que lo puede conducir a la plenitud de la vida. No es la ciencia en sí, es la belleza.

Así lo confirma von Balthasar cuando explica la necesidad de la belleza en el mundo:

En un mundo sin belleza -aunque los hombres no puedan prescindir de la palabra y la pronuncien constantemente, si bien utilizándola de modo equivocado-, en un mundo que quizá no está privado de ella pero que no es capaz de verla, de contar con ella, el bien ha perdido asimismo su fuerza atractiva, la evidencia de su deber-ser realizado; el hombre se queda perplejo ante él y se pregunta por qué ha de hacer el bien y no el mal. Al fin y al cabo es otra posibilidad, e incluso más excitante; ¿Por qué no sondear las profundidades satánicas? En un mundo que ya no se cree capaz de afirmar la belleza, también los argumentos demostrativos de la verdad han perdido contundencia, su fuerza de conclusión lógica”.³⁶

La contundencia de la verdad se reduce en ausencia de la belleza y el bien en la pérdida de la fascinación. Tal ausencia de la belleza afecta colateralmente los demás trascendentales

³⁴ Labrada (Ed.), *La belleza que salva, comentarios a la Carta a los artistas de Juan Pablo II*, 79.

³⁵ Von Balthasar, *Gloria, Una estética teológica*, 22.

³⁶ *Ibíd.*, 23.

propios de la teología cristiana (la verdad y la bondad), y consigo, la experiencia de la fe. Al versen afectados, el ser mismo del hombre agota todo su sentido, pierde su luz y se elimina la posibilidad de expresarse. En este horizonte “lo que resta es sólo una porción de existencia que, si bien en cuanto espíritu puede arrogarse una cierta libertad, permanece, sin embargo, totalmente oscura e incomprensible para sí misma”³⁷.

Sin la experiencia de la belleza, sin el juego libre y placentero de las formas, las palabras y las líneas, el hombre y la mujer pierden su comunicación con el mundo, se hace cada vez más difícil comprenderse a sí mismo, se pierde el dinamismo del encuentro, las relaciones se debilitan hasta el punto de olvidar nuestros lenguajes, esperanzas, luchas y vínculos más entrañables.

La experiencia artística ilumina el rostro del hombre, motiva su espíritu y hace que sus actos cotidianos se integren a una *forma vital*³⁸, desde la cual su existencia cobra valor y verdadero interés; se trata de configurar un cuerpo de lenguaje donde su interioridad actúa en simultáneo con su comunicación, donde su esencia y su personalidad se hace expresión, de manera libre y coherente.

Aquí se puede decir que esa *forma vital* propia de la persona es en sí misma su propia espiritualidad, a la manera en que la define José María Castillo: “Se trata de la *vida*. Esta vida nuestra, la que tenemos en este mundo. Una vida tan apreciable y tan bella, tan fecunda y tan valiosa, que es *divina*, al mismo tiempo que *humana*. Porque eso es la espiritualidad de los cristianos: *es la vida tomada en serio*. O, más exactamente, es *una forma de vivir la vida*”.³⁹

La *forma vital* es la vida misma y es en ella donde se expresa la acción y la presencia del Absoluto; lo divino no se experimenta, como dice von Balthasar, “en una serie de actos puntuales aislados, con los que el hombre atraviese la banalidad y dispersión de su existencia

³⁷ *Ibíd.*, 23-24.

³⁸ *Ibíd.*, 27.

³⁹ Castillo, *Espiritualidad para insatisfechos*, 19-20.

cotidiana abriendo algo así como orificios para atisbar el Absoluto”⁴⁰. Se experimenta en la unidad e integridad del hombre.

Es una experiencia constante, activa, libre y esperanzadora, puesto que parte de él mismo. Sin embargo, se requiere de estar dotado de unos “ojos capaces de percibir la forma espiritual”⁴¹, que consiste en tener la capacidad de captar y valorar el juego dinámico de la existencia en una actitud de profundo respeto y reverencia, en vivir una verdadera espiritualidad que permita leer en la cotidianidad lo Infinito y lo Bello.

Esta *forma vital*, que es el punto articulador con la experiencia de fe, se encuentra en constante amenaza por una comprensión reducida del hombre, como objeto de manipulación a favor de sistemas que lo niegan, lo humillan y lo marginan. Es amenazada porque la sociedad contemporánea no soporta formas integrales del ser humano, prefiere dividirlo, desmembrar su totalidad y su complejidad. Esta comprensión integral del ser humano va de la mano con la idea de unidad que Juan Pablo II deja ver en su *Carta a los artistas*, según la entiende su comentarista:

Lo que esta percepción de la unidad sugiere es que, en una concepción teísta, la creación constituye precisamente eso: un *universo*, y no un conglomerado de *res extensae*, y que la experiencia estética —con su distancia y su desinterés característicos— permite asomarse a esa visión de lo múltiple como uno.⁴²

Teniendo en cuenta esta diversidad de planteamientos, la totalidad del hombre está compuesta por la verdad (*verum*), la bondad (*bonum*) y la belleza (*pulchrum*), y si hace falta uno de estos trascendentales en su existencia, estará siempre incompleto. Ellos, en conjunto, permiten reconocer al ser humano como una totalidad, como un *universo*, capaz de asumir una *forma* particular (una espiritualidad, una identidad auténtica), una metafísica que lo conduzca a la verdad y una ética que lo llene de bondad.⁴³

⁴⁰ Von Balthasar, *Gloria, Una estética teológica*, 27.

⁴¹ *Ibíd.*

⁴² Labrada (Ed.), *La belleza que salva, comentarios a la Carta a los artistas de Juan Pablo II*, 80.

⁴³ Para ampliar la comprensión sobre los trascendentales y su pertinencia en el desarrollo de los objetivos de este proyecto, véase el prefacio de von Balthasar, “Gloria, Una estética teológica”, 15ss.

Es en esta visión integral donde se da la experiencia artística, y es aquí donde se descubre lo profundo, allí se encuentra la joya de mayor valor, aquello que renueva la vida, la llena de color, de libertad, de gozo pleno. Si el hombre solo fuese fuerza de trabajo, o solo pensamiento, o cuerpo no tendría mayor valor. Von Balthasar expresa que:

Nada tendría sentido si no existiese lo único necesario, la perla insustituible a causa de la cual vendemos todo. Pero es necesario tener ojos que sepan vislumbrar esta perla y apreciar su valor, para verse arrebatados por la belleza de su forma irrepetible; solo así podrá uno despreciar todo lo demás como simple “basura”, para adquirir lo único necesario (Mt 13, 46), lo único incondicionalmente digno de ser vivido y que hace participar de su valor a todo lo que ya somos, ahora mismo.⁴⁴

2.4 La experiencia de fe como experiencia de lo bello:

Ver crecer a un hijo es una experiencia única y vital, que vincula a la familia con dinámicas humanas superiores y la armoniza con el lenguaje de Dios. Allí confluye un sinnúmero de vivencias, sentimientos, emociones, sueños y esperanzas que van configurando un cuerpo simbólico que evoca el Absoluto, que aproximan cada vez más al Amor primero, a Dios, Padre de la vida.

Lo anterior reafirma que el ser humano se acerca a la experiencia de fe en Dios a través de la vivencia plena de los sentidos, al poner en juego su existencia íntegra en relación con lo verdadero, lo bueno y lo perfecto. Cuando el ser humano se vincula, desde su acontecer histórico y sus limitantes, con lo profundo, ingresa al campo de la fe, comienza su participación en el lenguaje y las realidades propias de Dios.

No se puede pasar por alto el ejercicio comprensivo desarrollado por von Balthasar acerca de la misión del cristiano en el mundo:

...es claro que el cristiano solo realiza su misión –en cualquier época pero, sobre todo, en la nuestra— cuando deviene efectivamente esa forma querida y fundada por Cristo, en la que lo externo expresa y refleja de un modo creíble para el mundo lo interno, y esto último queda verificado y justificado a través del reflejo externo, convirtiéndose así en algo digno de ser amado en su radiante belleza. La forma lograda del cristiano es lo más bello de cuanto en el ámbito humano puede darse...⁴⁵

⁴⁴ Von Balthasar, *Gloria, Una estética teológica*, 29.

⁴⁵ *Ibíd.*, 31.

La experiencia de fe es real y verdadera si está ligada a una experiencia vital mayor: la de Cristo. Quiere decir, que es necesario conocer la belleza de Cristo, quien supo, a su vez, asumir en su vida la forma íntegra de Dios.

Lo dicho por von Balthasar es fundamental si se quiere comprender la fuerte incidencia que tiene la vivencia de la fe en la existencia de la persona. La fe en Dios actúa en la totalidad del hombre, no en un sector particular de él; se involucra hasta las entrañas de su existencia y se hace vida con la Vida. Por tal razón, exige una coherencia entre lo *interno* y lo *externo*, entre lo que se cree y lo que se debe hacer con lo que se cree; en otras palabras, el testimonio de la fe creída es lo verdaderamente Bello.⁴⁶

Así las cosas, es viable afirmar que hay una relación entre la experiencia estética y la experiencia de fe, en cuanto a que la primera mueve las fibras esenciales del hombre, lo hace partícipe del juego libre de las formas, permitiéndole crear un vínculo estable y permanente con lo Bello, con aquello que lo enriquece como unidad de sentido en medio de la existencia. La segunda, mueve a la persona a hacer de su vida una experiencia de entrega total al proyecto de Dios, tal como lo hizo Jesús de Nazaret.

El P. Novoa explicita esta relación de la siguiente manera:

Quando la persona cristiana aboca esta experiencia se desarrolla la honda relación entre el arte y la fe, la cual supone referirnos a Jesús como centro del hecho cristiano, a quienes los creyentes vivenciamos como la persona que pone en juego todas las capacidades que le son propias, en una donación gratuita de sí al otro, que nos conduce a una auténtica y placentera plenitud. Desde este horizonte encontramos una dinámica de fe identificada con la vivencia artística, síntesis que se realiza al unísono en la interioridad de quien la vive, conformando una corriente de gran crecimiento personal y colectivo.⁴⁷

Como se observa, la clave de comprensión de la experiencia de fe como vivencia de lo bello es la persona de Jesús, quien puso como centro de su vida la fuerza transformadora de la generosidad hacia los demás, puso en el centro de su vida el amor a Dios revelado en la

⁴⁶ *Ibíd.*

⁴⁷ Novoa, *Experiencia artística y ética cristiana*, 2.

acción liberadora de los más débiles y olvidados de la sociedad, y esto se considera bello, puesto que es la imagen legítima del Creador. Este argumento esencial lo confirma Karl Barth al decir que Dios es bello, [...] suscitando la *complacencia*, creando el *deseo* y recompensando con el *goce* [...], como el Dios *digno de ser amado*.

2.5 Jesús como experiencia de lo Bello:

La belleza de Dios se hace visible en el mundo por medio de la acción solidaria, fraterna y justa del hombre para con el hombre y el planeta. Es una acción que alcanza a vislumbrar algo del esplendor mayor de Dios, es una palabra corta, pero bella, del lenguaje profundo y salvífico del Padre que logra embellecer a la humanidad, llenarla de sentido, de esperanza y de luz. El ser humano, hemos dicho, solo alcanza a decir *algo* de esa belleza mayor, y lo ha expresado y lo sigue manifestando a través de la pintura, la música, la literatura, la escultura, la liturgia, etc., todo para acercarse cada vez más al corazón de Dios. Así lo explica el Concilio Segundo de Nicea, 787 A.D.:

Si el Hijo de Dios ha entrado en el mundo de las realidades visibles, tendiendo un puente con su humanidad entre lo visible y lo invisible, de forma análoga se puede pensar que una representación del misterio puede ser usada, en la lógica del signo, como evocación sensible del misterio. El icono no se venera por sí mismo, sino que lleva al sujeto representado.

Clodovis Boff recuerda, en su *método teológico*, que al hombre siempre le harán falta palabras para hablar de Dios:

Sucede que, para hablar de la *realidad divina*, solo disponemos del *lenguaje humano*. Colocar así la cuestión es ver inmediatamente la inadecuación radical que vigila entre nuestro habla y el Misterio. Los místicos sintieron eso de modo vivo y agudísimo. Ángela de Foligno (+1309) decía que las palabras humanas, para hablar de los secretos de Dios, eran *lenguaje extranjero*.

Es como cuando se fija la mirada en un punto y se percibe al mismo tiempo otra cosa dentro del campo visual, sin que se pueda, sin embargo, fijar la mirada en esa cosa. Así con el Misterio: solo se puede *verlo*, por así decir, *con el rabillo del ojo*. Pero es siempre en el lance de las palabras que la inteligencia va y llega a Dios. Es en la montura de las ideas que la fe cabalga hacia Dios. Pero, en cierto punto, si quiere llegar allí, tiene que *caer del caballo*, en una especie de *caída hacia arriba*.⁴⁸

⁴⁸ Boff, *Teoría do método teológico*, 316-317

El lenguaje humano se acerca a la Trascendencia, realiza una especie de esbozo, conduce hacia ella con cierta seguridad, sin embargo, no la abarca por completo, ni la puede conceptualizar en absoluto, pues el Misterio es infinito, desborda la mente de la persona y, por lo mismo, sus intentos de comunicarlo y comprenderlo son reducidos.

Dios como creador es el trino y el uno; como infinito no es ni el trino, ni el uno, ni nada de lo que pueda decirse, pues los nombres que se aplican a Dios proceden de las creaturas, mientras que él, en sí mismo, es indecible y está por encima de todo lo que se puede nombrar o expresar.⁴⁹

El arte entonces ofrece una luz leve, pero divina en su esencia, de Dios, comprendiendo e intuyendo así algo de su infinito amor, de su lógica misericordiosa y bella. No son los términos ni los conceptos objetivos las *monturas* que conducen plenamente al hombre hacia el Creador, es la experiencia de Dios lograda por medio de la fe la que lo aproxima. Fe que es vivida y enriquecida a través de los vínculos reales y significativos que se tejen en medio de la comunidad creyente, es en el encuentro entre hermanos, hijos de Dios, lo que permite divisar parte de la realidad infinita del Padre.

La vivencia estética tumba al hombre de su cabalgadura, lo saca del camino ya establecido, lo hace caer de sus seguridades y comprensiones ya dadas. *Caer hacia arriba* significa vivir el movimiento liberador y transformador de lo bello, de lo inefable, es dirigir la mirada en dirección del Absoluto, con la seguridad de encontrar la verdadera forma querida por el Creador. Dicha forma debe ser el reflejo de lo realmente Bello, lo cual está dado directamente por las palabras y acciones de Jesús, quien, inspirado por el Espíritu de Dios, hizo presente en la historia humana la bondad especial del Padre.

La vida íntegra de Jesús es bella porque hizo presente en la realidad histórica del hombre y la mujer el rostro misericordioso y tierno de Dios, fue capaz de vincular la realidad humana con la divina. Ese encuentro con la Belleza vivido y testimoniado por el Hijo del Hombre solo fue posible en la medida en que supo comprender la voluntad y el deseo del Padre, descubriendo que la justicia, la solidaridad con los más débiles, el amor y el perdón es el

⁴⁹ Nicolás de Cusa, *Opera Omnia VII* (Meiner 1959), 7, 11, 16, 20, 62.

vehículo para transparentarlo en el mundo. La forma de lo verdaderamente bello está vaciada en la persona del Mesías, quien anunció la buena nueva del Reino y curó los sufrimientos de la gente.

Quiere decir, por lo tanto, que el seguidor del Maestro encuentra la belleza del Autor de la Vida en la experiencia honda de la solidaridad con los *desgraciados* de este mundo, con los que son ignorados y despojados hasta de su mismo espíritu vital, de su gracia. El creyente solo encuentra al Padre, y su Belleza, cuando asume como proyecto de vida el mismo que asumió Jesús: el Reinado de Dios. En palabras de José M. Castillo sería:

Encontraréis a Dios en la medida, y solo en la medida, en que os dediquéis a hacer de esta vida más soportable para todos los que sufren, por el motivo que sea. Por eso Jesús afirma solemnemente que el reino de Dios es para los pobres (Lc 6,20) y para los que se ven perseguidos, maltratados y ofendidos (Mt 5,10-11). Porque de sobra sabemos que los pobres, los perseguidos, los que se ven difamados y privados de sus derechos, esos son, por lo general, los que más sufren en este mundo.⁵⁰

El Profeta de Nazaret se ubicó libremente al lado de los pobres, de los que sufren el dolor de la violencia y el olvido de la sociedad, caminó junto a ellos y con ellos configuró su relación con el Padre, viviendo con alegría y placer su existencia. Existe placer, gozo y alegría porque Jesús se hizo reflejo legítimo de la justicia y el amor, se hizo presencia real del Reino en medio del camino doliente de los marginados, porque del sufrimiento hizo brotar la esperanza y la nueva vida.

El Hijo de Dios vivió la belleza del Padre en plenitud de manera libre, autónoma y gratuita, haciendo de su vida *una obra maestra, una obra de arte*⁵¹ según el querer más hondo del Señor. Por lo tanto, el Cristo es la epifanía de la belleza, es la manifestación vital del Creador en el mundo, pues supo vivir en plenitud su amor haciéndolo carne, tiempo y vida.

El Mesías es la síntesis de la Trascendencia, es la imagen de una sociedad nueva, renovada y transformada por el poder de la Belleza, por la fuerza del amor y la solidaridad con los más

⁵⁰ Castillo, *Espiritualidad para insatisfechos*, 97.

⁵¹ Juan Pablo II, *Carta a los artistas*, 24.

indefensos, es la plenitud de la vida. El P. Novoa señala que “Jesús es ante todo un proceso vital de gratuidad, juego libre e insondable de placer y plenitud que toca lo más íntimo de cada persona y de toda la humanidad”.⁵²

Esa entrega gratuita del Profeta de Nazaret a los demás poseía una fuerza ilimitada que desbordó todo tipo de estructura que oprimía y abusaba de las personas y comunidades. Sus actitudes y comportamientos atacaron de manera directa las causas que generaban pobreza, exclusión y muerte en su momento histórico. Todo con el propósito de configurar un nuevo nacimiento, una nueva vida, una nueva manera de establecer relaciones en contracorriente del poder de dominio, de la riqueza económica, de las jerarquías sociales, etc.

Teniendo en cuenta todo lo anterior, se logra concluir que el punto de partida que permite comprender que el Hijo del Hombre introduce y afirma en el mundo la belleza de Dios es el misterio de la Encarnación. El Todopoderoso se manifiesta, se hace visible a los ojos de la humanidad en Jesucristo, de esa manera lo expresa la carta a los Hebreos:

En el pasado muchas veces y de muchas formas habló Dios a nuestros padres por medio de los profetas. En esta etapa final nos ha hablado por medio de su Hijo, a quien nombró heredero de todo, y por quien creó el universo. Él es reflejo de su gloria, la imagen misma de lo que Dios es, y mantiene el universo con su Palabra poderosa. (Hb 1,1-3).

Aquí Hebreos presenta a través de un juego analógico la manera definitiva en la que el Creador se comunica con la humanidad: es a través del Mesías como se accede, se conoce y se llega al mismo Señor. Cristo es el *reflejo*, es la *imagen* que contiene toda la comprensión, la experiencia y el carácter del Padre. El Hijo vive, encarna y revela la palabra plena del Todopoderoso, por eso Hebreos afirma que Jesús es la *imagen misma de lo que Dios es*; quiere decir, que el Profeta de Nazaret es la expresión más bella para hablar del Padre de la Vida.

Es interesante detenerse a revisar un poco la palabra *imagen* que utiliza la carta a los Hebreos. En el texto griego se emplea la expresión *χαρακτηρ* (carácter), que en el contexto de la carta

⁵² Novoa, *Experiencia artística y ética cristiana*, 6.

significa *la expresión exacta, la exacta impronta*. Este sustantivo acompaña y designa directamente a Dios, el cual se define con la palabra ὑποστάσεως (hipostaseōs), es decir, *sustancia*.

Lo anterior permite concluir que el Profeta de Nazaret es la expresión exacta y legítima del Creador, posee el mismo carácter, el mismo actuar y por ello tiene la misión de ser imagen, transparencia del Dios invisible (Col 1,15), debe reflejar la bondad y la misericordia del Padre hacia sus hijos queridos (Sb 7,26). La tarea del Maestro es ser palabra de vida para el hombre y la mujer, luz verdadera que anima y orienta los destinos de la historia humana (Jn 1,9). Jesús se hace reflejo de la luz mayor que dispersa las tinieblas que oscurecen la esperanza y la paz del mundo (1Jn 1,5).

En esta línea de comprensión, von Balthasar habla del hecho fundamental de la Encarnación Divina como punto culmen y profundo de toda la creación, siendo esta última el lenguaje adecuado para expresar la esencia del Absoluto, siendo Jesús la palabra inicial y central:

... Jesucristo, en cuanto que es el Uno y el Único, a quien hay que interpretar en conexión con la historia entera de la humanidad y con la totalidad cósmica de la creación; él es la Palabra, la Imagen, la Manifestación y la Exégesis de Dios que, en cuanto hombre, da testimonio sirviéndose de todas las posibilidades de expresión de la existencia histórica que transcurre entre el nacimiento y la muerte, en todas sus edades y condiciones de vida, así como situaciones individuales y sociales. Él es aquello que expresa, es decir, Dios, pero no aquel a quien expresa, esto es, el Padre. Paradoja incomparable que constituye la fuente originaria de la estética cristiana y, por consiguiente, de toda estética.⁵³

Conviene subrayar que el Mesías es la *Exégesis* mayor del Todopoderoso y que la historia, junto con todas las configuraciones que a ella la componen, es el campo de juego en donde se expresa la bondad del Padre. Es aquí donde fluye el espíritu liberador y salvífico del Creador junto con la vida real y cotidiana del hombre, constituyendo un encuentro entre lo divino-invisible y lo humano-visible. Es Yahvé colocando los pies en la vitalidad y en el transcurrir de la existencia de la creación a través de su mejor imagen, una imagen que comunica su amor, su paciencia, su voluntad de amar y cuidar la vida en todas sus manifestaciones.

⁵³ Von Balthasar, *Gloria, Una estética teológica*, 31-32.

Dios no busca una comunicación pasiva, no transmite ideas vagas sobre su bondad o su perfección, no desarrolla un monólogo donde el hombre simplemente escucha y a lo mejor obedece, lo que verdaderamente hace es establecer un diálogo, un encuentro de realidades con un mismo propósito. El Hijo del Hombre es la Imagen que ha de ser interpretada, contemplada, admirada, amada y vivida, con el fin de descubrir el rostro bello y bueno del Creador, el cual está actuando permanentemente en el cotidiano vivir de la humanidad, en la brisa suave de la mañana, en el abrazo solidario, en la lucha diaria de los pobres y sufrientes de este mundo.

Es esencial tener una mirada profunda para descubrir y disfrutar de la belleza del mismo Señor, y para ello es necesario tener unos *ojos* que trasciendan las enredadas imágenes construidas por los intereses y los egoísmos humanos. Así lo expresa puntualmente el cardenal Ratzinger:

La percepción interior debe liberarse de la mera percepción de los sentidos para, mediante la oración y la ascesis, adquirir una nueva y más profunda capacidad de ver; debe recorrer el paso de lo que es meramente exterior a la realidad en su profundidad, de manera que el artista vea lo que los sentidos por sí mismos no ven y, sin embargo, aparece en el campo de lo sensible: el esplendor de la gloria de Dios, “la gloria de Dios que está en el rostro de Cristo” (2 Co 4,6).⁵⁴

Quien permite ese encuentro de vida, en el que se sostiene un diálogo permanente entre el Creador y lo creado, es el mismo Cristo, puesto que Él comunica lo que es en sí el Padre, pero ¿cuáles son esas expresiones, relaciones y vivencias que le permiten al Unigénito de Dios comunicar lo que el Creador es? ¿qué le hace ser bello y bueno?⁵⁵

2.6 Jesús: Forma vital del Padre:

Anteriormente se había hablado de la *forma vital*, la cual constituye la vida total e íntegra del ser humano y es el punto articulador entre la experiencia artística y la vivencia de la fe; Jesús también posee una forma vital particular. El Mesías posee la forma de Dios, la integralidad

⁵⁴ Ratzinger, *La contemplación de la belleza*, 5.

⁵⁵ Véase a Santo Tomás, *De Veritate*, Q. 21, 1; Ramos, “Tomás de Aquino y los trascendentales del ser” y “El alcance antropológico y teológico de la teoría de los trascendentales”.

del Mesías tiene una experiencia concreta e intensa del Padre, esa es su forma vital, es su *propio cuerpo expresivo* en medio de la historia.⁵⁶

De ahí que sea posible afirmar que el Unigénito sea bello porque se ubicó en el contexto histórico del ser humano, asumió la sensibilidad, el dolor, la alegría, el gozo, incluso la muerte como lenguaje pertinente para hacer comprensible y cercana la voluntad de Dios. El lenguaje del Hijo de María es el lenguaje de la coherencia, es la manifestación de una vida fundada e inspirada en el espíritu de la Belleza, por lo cual sus actitudes y comportamientos son relativos al Padre y a su proyecto salvífico. Esa relación entre los diferentes *ámbitos de realidad* (el humano y el divino) logra hilar un verdadero encuentro con la belleza del Trascendente, dando un paso adelante en la historia, pues se liga a una experiencia mayor que la transforma y la enriquece.

Gracias a su coherencia de vida, el Unigénito vincula en un solo ámbito de realidad el amor desbordado del Creador y la búsqueda incansable del hombre de ese amor, siendo el Profeta de Nazaret iniciativa real, vital y duradera para el creyente quien lo busca. Su testimonio de vida, sus gestos fraternos, su terquedad por hacer de las relaciones una experiencia de justicia y de servicio, su entrega incondicional a los más pobres enamoró y despertó ese espíritu mayor que se encuentra escondido en el corazón del hombre. Esta fascinante existencia del Mesías constituye una belleza sin par.

Esto animó a la persona de todos los tiempos a seguir libremente al Maestro, ya que su coherencia fue la chispa que encendió el fuego del corazón y de la mente del cristiano, permitiéndole contemplar en la historia su actuar salvífico. El creyente sigue al Hijo del Hombre porque en Él encuentra algo verdaderamente bello, encuentra la Palabra misma de Dios, halla su amor, su misericordia y su justicia. Eso que el seguidor de Jesús encuentra en la forma vital del Mesías es fundamental, pues sin esa forma real e histórica no existiría el seguimiento ni el vínculo profundo con lo Bello.

⁵⁶ Ratzinger, *La contemplación de la belleza*, 34.

Así lo explica von Balthasar:

Arrebatarse y extasiarse es virtud exclusiva de lo que tiene forma; solo a través de la forma puede verse el relámpago de la belleza eterna... Pues bien, el ser-arrebatado es el origen del cristianismo. Los apóstoles son arrebatados por aquello que ven, oyen y palpan, por aquello que se revela en la forma; Juan (sobre todo, pero también los demás) describe continuamente cómo en el encuentro, en el diálogo, se destaca la forma de Jesús y se dibujan sus contornos de manera inconfundible; y cómo de repente, de un modo indescriptible, surge el rayo de lo incondicionado y derriba al hombre, haciéndole caer postrado en adoración, transformándolo en un creyente y seguidor de Cristo.⁵⁷

Como se observa, es en la historia del hombre donde Jesús hizo presente el rostro bello de Dios, enamorando, fascinando y convocando a muchas personas, no por sus palabras o acciones como tal, sino por su vínculo profundo y real con el Padre. Sus palabras, sus actitudes y comportamientos eran rayos de luz de algo nuevo, era el encuentro con la esperanza, con la promesa de salvación hecha por la Divinidad. Así lo describe el cardenal Ratzinger, haciendo propias las palabras de Nicolás Kabasilas:

... “hombres que llevan en sí un deseo tan poderoso que supera su naturaleza, y que desean y anhelan más de aquello a lo que el hombre puede aspirar, estos hombres han sido traspasados por el mismo Esposo, Él mismo ha enviado a sus ojos un rayo ardiente de su belleza. La profundidad de la herida revela ya cuál es el dardo, y la intensidad del deseo deja entrever quién ha lanzado la flecha”...⁵⁸.

Esta experiencia de encuentro con el Unigénito, el verlo, oírlo, tocarlo, sentirlo en medio de los discípulos, se convirtió en un dinamismo que tejía un nuevo juego de emociones, convicciones y acciones que los llevó a pensar y comprender la vida de otra manera. Fue esa *sacudida*, esa bofetada, esa herida, esa *caída* inesperada lo que hizo que los discípulos, uno a uno y poco a poco, fueran siguiendo un nuevo camino, un camino difícil de tomar, el camino del compromiso y la conversión. Dejarlo todo y seguirlo (Lc 5,11), romper con los sistemas fundados y heredados que los oprimían, caminar con el Maestro y aprender de Él.

Los discípulos se sienten *arrebatados* por el poder testimonial de su Señor, se convierten a Él, pues su vida encuentra verdadero sentido, hondura y realización en la Palabra que Él comunica y revela. Existe una conversión en los discípulos, y en aquel que decide dejarlo todo para caminar tras sus huellas, ya que opta por un estilo de vida distinto, por una *forma*

⁵⁷Von Balthasar, *Gloria, Una estética teológica*, 34-35.

⁵⁸Ratzinger, *La contemplación de la belleza*, 3.

vital nueva. Un estilo de vida donde el dinamismo de la existencia se fundamenta en la generosidad, el desinterés y la gratuidad⁵⁹, haciendo de la vida del creyente una verdadera *obra maestra*.

En cuanto a la experiencia de conversión escribe el P. Carlos Novoa, S.J., citando a Farmer:

El Reinado de Dios... es la única realidad donde los seres humanos están llamados a vivir y que debe guiar y determinar sus vidas. La exhortación del arrepentimiento tiene aquí toda su fuerza bíblica de reorientación hacia una nueva existencia. El evangelio de Marcos tratará de continuar el anuncio de esa nueva existencia por parte de Jesús, de la constante pugna del mal contra ella y de la crisis en que esto coloca a los que escuchan la buena noticia.⁶⁰

Por lo tanto, la conversión es fruto de la experiencia de *ser-arrebatado*, según lo propuesto por von Balthasar, de lo cual se sigue una *nueva existencia*. Es el paso de un *corazón de piedra* a un *corazón de carne*, a un corazón suavizado por la belleza divina, gracias al encuentro íntimo y colectivo con Cristo. La belleza del Creador expresada en las acciones liberadoras de Jesús pone en *crisis* a la sociedad de su tiempo y mucho más a los que simpatizan y siguen su estilo de vida. El Profeta de Nazaret los invita a vivir de otra manera, los exhorta a dejar las viejas *monturas* y asumir unas nuevas que exigen verdaderos cambios en la comprensión del Todopoderoso, del hombre y en las relaciones que se pueden dar entre estos.

No es posible dejar de lado la pregunta que formula von Balthasar en el contexto que se viene desarrollando:

¿Acaso podríamos entender algo de la vida de Pablo si no le concediésemos que, en el camino de Damasco, contempló la suprema belleza, como la contemplaron los profetas en las visiones con los que fueron llamados, y que por eso lo vendió todo, toda la sabiduría mundana y divina, todo privilegio en el pueblo santo, para comprar la perla única, y realizar gozosamente su servicio como “pobre de Yavhé”?⁶¹

Encontrarse y vivenciar la *suprema belleza* produce en el creyente un gozo y un placer inconmensurable que plenifica su vida, pues está siendo partícipe y constructor del Reinado

⁵⁹ Novoa, *Experiencia artística y ética cristiana*, 9.

⁶⁰ Farmer, “Comentario Bíblico Internacional” 1218, citado por Novoa, *Una propuesta de teología evangélica*, 6-7.

⁶¹ Von Balthasar, *Gloria, Una estética teológica*, 35.

de Dios desde su propia existencia, desde sus capacidades y limitaciones. Causa placer porque posee una activa participación en el encuentro de la *perla única*, de la más bella y valiosa: Jesús de Nazaret.

Teniendo en cuenta lo anterior, es probable decir que la experiencia de los santos y de los mártires es similar o igual. Hallaron la perla de gran valor, la más fina y por ella vendieron todo para comprarla (Mt 13,45). Dejar todo para ir junto al Maestro, quien hace que todo lo otro sea de poco valor. Así lo experimentó San Antonio María Claret al vivir su propio proceso de conversión:

En medio de esta barahúnda de cosas, estando oyendo la santa Misa, me acordé de haber leído desde muy niño aquellas palabras del Evangelio: *¿De qué le aprovecha al hombre el ganar todo el mundo si finalmente pierde su alma?* Esta sentencia me causó una profunda impresión... fue para mí una saeta que me hirió el corazón; yo pensaba y discurría qué haría, pero no acertaba.⁶²

Quienes experimentan la conversión, el encuentro fundante con Jesús, como dice von Balthasar, “saben lo que han visto y no se preocupan lo más mínimo por lo que dicen los hombres. Sufren por amor a ella y su com-padecer queda ampliamente compensado por su ser-enardecidos por la suprema belleza, coronada de espinas y crucificada”⁶³.

Se ha ido afirmando y evidenciando de diversas maneras, que existe una relación directa, inmediata y explícita entre el arte y la persona de Jesús. Un vínculo estrecho entre la vivencia artística, entendida como el juego libre y continuo de formas, colores y líneas que es susceptible de percibirse por los sentidos, y la experiencia de fe en Jesús, asumida como ese *ser-arrebatado* por la fuerza transformadora del Maestro.

Es fundamental decir que la belleza que comunica el Cristo, es una belleza *coronada de espinas y crucificada*, una belleza esculpida en entrega, detallada en solidaridad y embellecida con sangre derramada por la lucha contra todo tipo de injusticia y violencia. Las palabras de Hamann son totalmente elocuentes en este aspecto: “En la necesidad de la cruz, de

⁶² Viñas, *San Antonio María Claret. Autobiografía y escritos complementarios*, 162.

⁶³ Von Balthasar, *Gloria, Una estética teológica*, 35.

la que son vicarias la necedad de la locura de Apolo, el absurdo y el no-saber de Sócrates o la estupidez de los dioses de Homero que es lo maravilloso de su musa, se encuentra el acceso a la belleza originaria de nuestra existencia”.

Capítulo 3: Una propuesta educativa artística

3.1 *La experiencia estética: camino para educar y transformar al ser humano:*

Es claro que en la cotidianidad de la sociedad actual surge una gran necesidad por configurar en la persona actitudes y comportamientos mucho más sensibles y responsables con las realidades que involucran la vida del hombre y del planeta. La dinámica de la sociedad contemporánea ha ido revistiendo con un duro caparazón los sentidos, la sensibilidad, el asombro y la capacidad de encuentro de la cual todo hombre y toda mujer está dotada; es como si la chispa de la vida perdiera su fuerza e intensidad.

El imperio de la razón instrumental, la primacía del dinero y el poder de domino, y la tendencia a la homogenización de la sociedad son fenómenos que aceleran la deshumanización de la vida y de las relaciones, generando un fuerte enajenamiento y olvido de lo fundamental: la justicia, la paz y la solidaridad humana. El papa Francisco insiste en este asunto afirmando lo siguiente:

A la continua aceleración de los cambios de la humanidad y del planeta se une hoy la intensificación de ritmos de vida y de trabajo, en eso que algunos llaman «rapidación». Si bien el cambio es parte de la dinámica de los sistemas complejos, la velocidad que las acciones humanas le imponen hoy contrasta con la natural lentitud de la evolución biológica. A esto se suma el problema de que los objetivos de ese cambio veloz y constante no necesariamente se orientan al bien común y a un desarrollo humano, sostenible e integral. El cambio es algo deseable, pero se vuelve preocupante cuando se convierte en deterioro del mundo y de la calidad de vida de gran parte de la humanidad.⁶⁴

Este texto es clave para comprender la tarea crucial que posee la vivencia estética en la educación del ser humano y en la transformación de la sociedad. En primer lugar, la *intensificación de ritmos de vida y de trabajo* obliga a la persona a pensar rápido, a tomar decisiones de manera casi inmediata, a consumir la vida sin saborearla ni descubrir el placer que ella puede provocar en la existencia. No hay tiempo para reflexionar, meditar y discernir la vida, todo está en función de los cambios que exige y genera la sociedad contemporánea.

⁶⁴ Francisco, “Carta Encíclica *Laudato Si*” 18.

Una comunidad que se muestra afanada por la dominación y el consumo, por la construcción continua de estereotipos y tendencias superfluas que van marcando el ritmo de la vida de las personas y los colectivos, no aporta a la construcción de un tejido social compacto, libre y autónomo. La rapidez de las cosas hace que los pensamientos, las instituciones, los referentes éticos y sociales se debiliten, pierdan la validez con la que contaban en otros tiempos, dejando, de cierta manera, a la deriva el rumbo de la humanidad. Pensar y actuar de manera inmediata hace que los grandes problemas de la sociedad se asuman de forma ligera, sin profundidad y sin un verdadero compromiso.

En segundo lugar, la evolución biológica va a un ritmo distinto al de los cambios que vive la sociedad, su ritmo es más lento, requiere de un tiempo mayor, de una paciencia que permita contemplar las transformaciones que se van dando en la persona y en la comunidad. Ese ritmo evolutivo paciente expresa el proceso histórico que requieren las acciones humanas para que sean verdaderamente significativas y trasciendan en la memoria personal y colectiva. La vida en últimas no es una fábrica de zapatos, no es la configuración de una serie de eventos que tienen como fin un mismo resultado, es una diversidad de experiencias que tejen la existencia del ser humano, haciendo de él una particularidad y una posibilidad de humanidad.

En tercer lugar, el *cambio veloz y constante* de la humanidad no beneficia a todos ni hace que la vida sea más digna y justa, no mejora las condiciones de las comunidades ni responde a las grandes necesidades de los más pobres y olvidados de este mundo. El cambio agitado de la sociedad es un cambio amañado, que responde a los intereses de unos cuantos (políticos y empresarios generalmente) sin importar si afecta o no a los más débiles, incluyendo a la misma naturaleza.

La centralización de los intereses de la sociedad en el mercado, el consumo desenfrenado de bienes y de servicios, las redes sociales y el antropocentrismo en su máximo esplendor han golpeado con fuerza el sentido humano del bien común, de la solidaridad, la justicia y la compasión por los más débiles. El cambio ha llevado al hombre y a la mujer a tecnificar y optimizar muchos procesos propios de la vida cotidiana, aspectos que son de gran

importancia para el desarrollo de la humanidad; sin embargo, el hombre a costa de todo ello ha perdido en sensibilidad, en conciencia crítica, en coherencia, en el sentido de lo comunitario, etc.

En cuarto lugar, existe una preocupación global por las consecuencias y afectaciones de estos cambios acelerados que ha sufrido la sociedad en los últimos tiempos, situaciones que han deteriorado el medio ambiente y por lo mismo la calidad de vida de las personas, tal como lo afirma el papa Francisco. Muchos autores han denunciado y confirmado esta grave situación ambiental, social e histórica por la que atraviesa en estos momentos la comunidad humana, entre ellos Leonardo Boff, quien analiza lo siguiente:

Disponemos de 12 mil millones de hectáreas de tierra fértil (selvas, pastos, cultivos) pero necesitaríamos en realidad 20 mil millones.

¿Cómo cubrir este déficit de 8 mil millones? Chupando más y más de la Tierra... ¿pero hasta cuándo? Estamos descapitalizando lentamente a la Madre Tierra. No sabemos cuándo llegará su colapso, pero, de continuar con el nivel de consumo y desperdicio de los países opulentos, vendrá, con consecuencias nefastas para todos.

Cuando hablamos de hectáreas de tierra, no pensamos solamente en el suelo, sino en todo lo que él nos permite producir, como por ejemplo, maderas para muebles, ropas de algodón, tinturas, principios activos naturales para la medicina, minerales y otros.

...Esta *Sobrecarga Ecológica* es un préstamo que estamos tomando de las generaciones futuras para nuestro uso y disfrute actuales. Pero cuando les llegue el turno a ellas, ¿en qué condiciones van a satisfacer sus necesidades de alimento, agua, fibras, granos, carnes y madera? Podrían heredar un planeta depauperado.

...Lo que predomina en el mundo es una perversa injusticia social, cruel y despiadada: el 15% de los que viven en las regiones opulentas del Norte del planeta dispone del 75% de los bienes y servicios naturales y del 40% de la tierra fértil. Algunos millones de personas, cual perros famélicos, deben esperar las migajas que caen de las bien servidas mesas de aquéllos.⁶⁵

La búsqueda insasiable de mejores tecnologías, mejores aparatos que sacien las necesidades no esenciales de aquellas *regiones opulentas*, sin importar los límites de la Madre Naturaleza y la muerte de millones de pobres, es el producto de la *continua aceleración de los cambios de la humanidad* que menciona Su Santidad. El hombre contemporáneo está adeudando ya a

⁶⁵ Boff, “La Tierra en números rojos: El ser humano, Satán de la Tierra”.

los próximos moradores de la Tierra los recursos esenciales para sobrevivir, sin embargo, haciendo una observación de los intereses de los líderes políticos de turno, es fácil concluir que eso los tiene sin el más mínimo cuidado.

Esas regiones opulentas del Norte del planeta a las que se refiere Boff son las mismas que critica Noam Chomsky, quien las ha llamado *los amos de la humanidad*, consumidores y devastadores del mundo, carentes de una ética ecológica y ausentes en la búsqueda de acciones concretas para mejorar la vida de las personas. Chomsky los describe de esta manera:

No es posible entender de forma realista a quién gobierna el mundo sin hacer caso de los “amos de la humanidad”, como los llamó Adam Smith: en su tiempo, los comerciantes y los dueños de las industrias de Inglaterra; en el nuestro, los conglomerados multinacionales, enormes instituciones financieras, emporios comerciales y similares. Todavía siguiendo a Smith, es también prudente recordar la “infame máxima” a la cual están consagrados los “amos de la humanidad”: “Todo para nosotros y nada para los demás”; una doctrina que en otro tiempo fue la amarga y pertinaz guerra de clases, a menudo unilateral, en gran medida para detrimento de la gente del propio país y del mundo.⁶⁶

Chomsky identifica concretamente quiénes apadrinan el cambio acelerado en el mundo, cuáles son sus intereses reales y la doctrina que los inspira. Es la conducta del egoísmo en su máxima expresión, es el comportamiento salvaje propio del capitalismo, en donde se moldea el pensamiento y el modo de vida de las personas para la competencia, el consumo, la falsa felicidad y el cuidado de lo privado. Chomsky coinciden con Boff en identificar la lógica de los *amos de la humanidad*: unos pocos poseen la mayor parte de los recursos de la Tierra y de la sociedad, mientras muchos viven con tan poco.

Estos cuatro aspectos que presenta en general el papa Francisco y que se han desarrollado brevemente, permiten afirmar que en la sociedad actual la experiencia estética es fundamental y vital, para la transformación de las relaciones y comprensiones éticas humanas. La vivencia de lo estético posee una fuerza que actúa en lo profundo de la persona, toca las fibras de sentido de la existencia humana, despierta la sensibilidad por lo fundamental de la vida y genera diversos juegos de realidades que convocan a la unidad y la solidaridad.

⁶⁶ Chomsky, *¿Quién domina el mundo?*, 297.

El mundo de lo estético es una posible puerta de acceso a un campo de realidad que tiene el poder de generar un encuentro con aquello que verdaderamente plenifica y dignifica la vida humana, con aquello a lo que siempre ha pertenecido y le da profundidad a su existir. Por tal razón, se afirma que la manifestación artística aporta a la comprensión integral de lo que en últimas es el ser humano: un ser de sentido, dotando de conciencia, de asombro ante la fascinante dinámica de la vida y el cosmos, un ser lleno de luz capaz de vincularse y sentirse parte de un todo. Leonardo Boff ha expresado bellamente lo que es el ser humano, aquí una parte de esa amplia elaboración, la cual complementa esta línea argumentativa:

Es portador de una psiqué de la misma antigüedad que su cuerpo, que le permite ser sujeto, una psiqué estructurada alrededor del deseo, de arquetipos ancestrales y de todo tipo de emociones, coronada por el espíritu -aquel momento de la conciencia por el cual se siente parte de un todo-, que lo hace siempre abierto al otro y al infinito, capaz de crear y captar significados y valores, y capaz de preguntarse sobre el sentido último del Todo.⁶⁷

El arte en todas sus manifestaciones intenta devolverle al ser humano su identidad más genuina: comprenderse como persona y como poseedor de espíritu. De ahí que la experiencia estética constantemente exprese a la humanidad, en cada obra de arte, en cada pieza musical, en cada juego de formas, líneas y colores, proyectos de sentido que constantemente llaman a lo infinito. El arte entonces despierta la conciencia, dinamiza la acción humana, convoca al bien común, comunica la historia de la comunidad, sus luchas, sus sufrimientos y sus esperanzas.

Es importante mencionar en este punto la comprensión e importancia que el papa Juan Pablo II, en su *Carta a los artistas*, otorga al arte: “Toda forma autentica de arte es, a su modo, una vía de acceso a la realidad más profunda del hombre y del mundo”.⁶⁸ Esta acertada expresión de Su Santidad confirma la necesidad actual de la experiencia artística en la sociedad, puesto que se convierte en un motor de inspiración para construir y reconstruir los caminos de la historia del hombre y del planeta. El arte, por lo tanto, es una *vía* que conduce a la persona a las fuentes del gozo, la libertad y el placer real de la existencia.

⁶⁷ Boff, “¿Qué es el ser humano?”.

⁶⁸ Juan Pablo II, *Carta a los artistas*, 26.

En este punto es importante resaltar la comprensión que el papa Francisco tiene en cuanto al poder transformador de la experiencia estética en las relaciones que establece el ser humano: “no debe descuidarse la relación que hay entre una adecuada educación estética y la preservación de un ambiente. Prestar atención a la belleza y amarla nos ayuda a salir del pragmatismo utilitarista. Cuando alguien no aprende a detenerse para percibir y valorar lo bello, no es extraño que todo se convierta para él en objeto de uso y abuso inescrupuloso”.⁶⁹

De todo lo anterior, se puede afirmar que la experiencia artística se convierte en una reserva de valores que configuran en cada hombre y mujer una forma particular de ser, de pensar y de actuar, construyendo así un horizonte ético. Dicho horizonte comportamental teje una red de valores mínimos que posibilitan las relaciones, los encuentros y la preservación de la vida en todas sus manifestaciones. El arte entonces intenta aprehender algo de ese cúmulo de experiencias fundantes que orientan y sazonan la vida humana, es la lucha por expresar aquello que enciende e inspira la vida.

Si se contemplan algunas obras arquitectónicas como el Templo de la Sagrada Familia en Barcelona (España), diseñado por Antoni Gaudí (1852-1926) y que hoy en día continua en construcción, se puede evidenciar aquel poder transfigurador de la persona y de la comunidad. Este templo expresa a quien lo visita la capacidad creativa y trascendente que posee el ser humano, comunica al mundo que el hombre y la mujer están llamados a una misión mayor, a una tarea común: cuidar y celebrar la vida.

Las torres de este templo, sus fachadas, sus ventanales, sus pináculos y los demás elementos que componen la parte exterior recogen las complejas realidades que vive el ser humano en relación con el mundo, con Dios y consigo mismo. Es un esfuerzo por recordarle al hombre que en medio de su finitud y sus limitaciones, su proyecto es infinito y está llamado a la trascendencia, a la vida plena.

⁶⁹ Francisco, “Carta Encíclica *Laudato Si*” 215.

Gaudí desarrolló su proyecto arquitectónico inspirado en las estructuras, las formas y las geometrías de la naturaleza, con un importante protagonismo de la luz y el color, desarrollando así una propuesta particular, donde la forma y el simbolismo se hacen uno.⁷⁰ Esta experiencia estética ha inspirado los mejores sentimientos, valores e ideas de varias generaciones, ha fortalecido el amor y el cuidado por la naturaleza, ha acercado al hombre al misterio de la vida, al milagro de la creación y a entender que la existencia es diversa, flexible, colorida y alegre.

Gaudí comentaba de su obra lo siguiente: “Una obra así tiene que ser hija de una larga época, cuanto más larga mejor; hay que conservar siempre el espíritu del monumento, pero su vida tiene que depender de las generaciones que se la transmitan y con quienes vive y encarna”.⁷¹ Las obras trascienden en la vida de la comunidad y la comunidad se ve encarnada en las obras, ellas reflejan la vida de las familias, de las instituciones, comunican los sufrimientos, las alegrías, las creencias de los pueblos, recuerdan sus raíces, sus principios y sus valores.

Como este lugar tan especial y complejo existen muchos más que conmueven, inspiran, educan y transforman, existe una diversidad de obras artísticas que actúan como memorial de lo que el hombre está llamado a ser. Existen obras que se convierten en un aliento esperanzador para trascender las estructuras que oprimen y marginan a una gran parte de la sociedad, como recuerdo latente de la maldad, el odio y la violencia que puede generar el ser humano en contra de sí mismo.

En general, la experiencia artística tiene la tarea fundamental de despertar la conciencia y el deseo de liberación de la persona y de la comunidad, tiene que responder a los desafíos y necesidades actuales, esas que el cambio acelerado de la humanidad plantea. La sociedad actual necesita dinamizar procesos creativos que oxigenen y llenen de nueva luz la vida y los proyectos del hombre y de la mujer. Procesos que involucren mucho más a la persona en la construcción de nuevos caminos que dignifiquen su trabajo, conserven su integridad y

⁷⁰ Faulí, *El Templo de la Sagrada Familia*, 10.

⁷¹ *Ibíd.*, 109.

diversidad, valoren sus habilidades y la vincule a utopías que marquen la ruta hacia la esperanza y la paz.

López Quintas afirma que “el arte alberga un poder formativo sobresaliente”⁷² y que tiene como propósito dar una alta calidad a la vida personal. Esta afirmación ofrece algunas pistas importantes para concluir que la experiencia estética es un camino legítimo para educar y transformar al ser humano, puesto que esta vivencia se ubica en lo más interno de su existencia, en el ámbito del discernimiento, los valores y la voluntad: “El conocimiento profundo de las mismas (de las condiciones básicas del desarrollo humano) nos viene facilitado en sumo grado por las experiencias artísticas, cuando descubrimos toda su riqueza interna”.⁷³

López comenta que a lo largo de su experiencia como escritor e investigador ha evidenciado que es necesario potenciar en la persona su sentido creador y su capacidad para configurar verdaderos encuentros con los distintos ámbitos de realidad que componen su existencia: “Toda forma de juego -entendido en sentido creador- funda “ámbitos de realidad”, y el entreveramiento de estos produce un alumbramiento de sentido y eclosión de belleza”.⁷⁴

Por esto el arte tiene el poder de educar y transformar, ya que despierta en quien experimenta el juego de las formas, las líneas y los colores, una especial motivación a crear y recrear lo contemplado, a encontrarse con sus convicciones, valores, principios, sueños y esperanzas. El arte educa porque permite al hombre descubrir sus habilidades y sus potenciales, y a su vez desarrollarlos y enriquecerlos para beneficio propio y de la comunidad, haciendo de él un ser creativo, capaz de construir verdaderas realidades de encuentro.

Siguiendo la propuesta de López Quintas, llama la atención el testimonio que trae a colación sobre el papel protagónico que tuvo el arte en la vida de Beethoven: “¿Qué grandeza y poder

⁷² López, *El poder transfigurador del arte*, 11.

⁷³ *Ibíd.*, 16.

⁷⁴ *Ibíd.*, 14.

transformador posee el arte para disuadir a Beethoven de poner fin a una vida desbordante de sufrimientos? El arte -en concreto, el arte musical- era para el genio de Bonn una forma privilegiada de participar en un reino de extraordinaria belleza y comunicarla en alguna medida a los hombres”.⁷⁵

Beethoven escribió en su testamento lo siguiente: “Recomendad a vuestros hijos la virtud; solo ella puede hacer feliz, no el dinero, yo hablo por experiencia; ella fue la que a mí me levantó de la miseria; a ella, además de a mi arte, tengo que agradecerle no haber acabado con mi vida a través del suicidio”.⁷⁶

La experiencia artística de Beethoven sirve para indicar que el arte posee una fuerza pedagógica enorme que conduce a la vida, al encuentro, que posibilita el diálogo de saberes y de vivencias, levantando al hombre de sus propias miserias. El arte como vía para educar es posible, puesto que propone un itinerario vital y humano que supera el poder de dominio, característica innata en el hombre, rompe los límites del egoísmo, la individualidad y el control.

Trascender las comprensiones instrumentalistas del ser humano y de la naturaleza es factible gracias a la vivencia intensa de lo artístico, en la medida en que ella dispone al ser humano para el discernimiento de la vida, la reflexión crítica y propositiva de la realidad. El arte en todas sus expresiones facilita el descubrimiento de nuevas maneras en que el hombre se puede relacionar y dialogar con el mundo, con la naturaleza y con lo Infinito. El arte enseña a disponer los sentidos para descubrir lo profundo, lo esencial y lo necesario.

Hoy se vive en la sociedad del ruido, del estímulo constante, en la cultura de lo superficial. El padre Gonzalo Fernández, misionero claretiano, considera que “la sociedad de la información se preocupa, sobre todo, de contar lo que pasa, lo que se ve, pero no está demasiado interesada en buscar las raíces. Sin una experiencia fuerte de profundidad, nuestra

⁷⁵ *Ibíd.*, 17.

⁷⁶ *Ibíd.*

experiencia de Dios corre el riesgo de quedar reducida a su dimensión emocional, a algo sin raíces suficientes como para sostener toda una vida”.⁷⁷

La experiencia humana, base para una verdadera y legítima experiencia de Dios, no logra mayor relevancia en la existencia sin un sólido proceso de crecimiento personal y espiritual, caracterizado por una visión integral y compleja del hombre. Esto responde, de manera alternativa, a una propuesta de sociedad, como ya se ha insistido varias veces, que coloca en lo más alto de su escala de valores lo individual, lo superficial, las emociones, la competencia y la atomización del conocimiento.

De ahí, la expresión antes mencionada, “todo para nosotros y nada para los demás”.⁷⁸ La tarea fundamental del arte en la educación y en la transformación del ser humano es romper dicho paradigma, reconfigurar en las prácticas cotidianas del hombre y la mujer una manera distinta de comprenderse y de comprender el mundo. El arte enseña a entender de una vez por todas que la naturaleza y el ser humano no son medios, son vínculos, son posibilidad de encuentro, de crecimiento, de diálogo y de solidaridad.

El arte dinamiza la experiencia del encuentro, el cual tiene el poder de ubicar por encima de los intereses mezquinos de la economía y la política contemporánea, la libertad, el amor, el disfrute de la vida, la solidaridad y contrucción colectiva de la justicia. El papa Francisco insiste en esto, en la cultura del encuentro, de los vínculos fraternos y justos:

...persistir en la lucha para favorecer la cultura del encuentro, que exige colocar en el centro de toda acción política, social y económica, a la persona humana, su altísima dignidad, y el respeto por el bien común. Que este esfuerzo nos haga huir de toda tentación de venganza y búsqueda de intereses sólo particulares y a corto plazo. Oíamos recién cantar: «Andar el camino lleva su tiempo». Es a largo plazo. Cuanto más difícil es el camino que conduce a la paz y al entendimiento, más empeño hemos de poner en reconocer al otro, en sanar las heridas y construir puentes, en estrechar lazos y ayudarnos mutuamente (cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 67).⁷⁹

⁷⁷ Fernández, *Beber en el propio pozo: ¿Tiene lugar la espiritualidad en la educación? Propuesta de un itinerario espiritual para hoy*, 13.

⁷⁸ Chomsky, *¿Quién domina el mundo?*, 297.

⁷⁹ Francisco, “Encuentro con las autoridades, el cuerpo diplomático y algunos representantes de la sociedad civil”, 7.

El arte educa para el reconocimiento del otro, para el perdón, conlleva a la construcción de puentes que permitan una comunicación pacífica, insiste en la solidaridad y la paz entre todos y todas. El arte educa para la belleza, enseña a contemplarla y amarla, provoca una actitud de asombro ante la creación, ante el milagro de la vida. Hoy el mundo necesita del arte para rescatar la vida, para poner a salvo a la humanidad del peligro de la muerte, que acecha camuflada de guerra, de división, de olvido, de pasividad y desesperanza. Juan Pablo II estaba convencido de ese poder transformador del arte al decir:

Los hombres de hoy y de mañana tienen necesidad de este entusiasmo (refiriéndose al arte y la belleza) para superar los desafíos que se avistan en el horizonte. Gracias a él, la humanidad, después de cada momento de extravío, podrá ponerse en pie y reanudar su camino. En este sentido, se ha dicho, con profunda intuición, que “la belleza salvará al mundo”. La belleza es clave del misterio y llamada a lo trascendente. Es una invitación a gustar la vida y a soñar el futuro.⁸⁰

3.2 La tarea de hacer del ser humano una obra de arte, una obra maestra⁸¹:

Dios le ha confirmado al hombre de todos los tiempos, a través de su Hijo Jesucristo, que su tarea principal es hacer de su vida una verdadera obra de arte, una expresión constante de la belleza que viene del Creador. El Hijo de Dios configura el camino que conduce a la Belleza, el cual se caracteriza por actitudes y comportamientos que hacen presente en la historia humana el amor y la misericordia del Padre.

Dice san Lucas en su evangelio que Jesús, en la sinagoga de Nazaret, desenrolló y halló el pasaje donde estaba escrito: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido para que dé la Buena Noticia a los pobres; me ha enviado a anunciar la libertad a los cautivos y la vista a los ciegos, para poner en libertad a los oprimidos, para proclamar el año de gracia del Señor” (Lc 4,18-19). Este texto programático en la vida de Jesús comunica a los creyentes en qué consiste el seguimiento, cuáles son sus destinatarios, cuál es el mensaje y cuáles son las acciones que lo hacen coherente.

⁸⁰ Juan Pablo II, *Carta a los artistas*, 29.

⁸¹ *Ibíd.*, 24.

Dicha coherencia con la voluntad del Padre hace que su belleza sea palpable en la historia humana. El camino de la justicia, la solidaridad con los pobres y olvidados de la sociedad, el encuentro fraterno con los enfermos, el cuidado de la Tierra, la lucha por construir la paz y la reconciliación, son expresiones legítimas del rostro bello de Dios. Jesús al afirmar que está unguido por el Espíritu del Señor expresa su vínculo profundo con el corazón del Altísimo, siendo su mejor expresión en medio de los hombres.

Es por esa razón que Jesús se siente llamado a cuidar y defender la vida, a vivir en medio de los pobres para hacer presente la belleza salvífica de Dios, para poner de manifiesto la forma creadora del Absoluto. Así lo propone von Balthasar cuando dice: “ciertamente, esta forma es obra suya, y lo es también del hombre en la medida en que este se pone a disposición de la acción divina en una actitud de acogida, de asentimiento, de entrega”.⁸² Quien decide seguir las huellas de Jesús debe asumir un camino de conversión, fundamentado en la acogida de la Palabra de Dios, en la aceptación alegre y libre de su voluntad y en la entrega radical a su proyecto.

Esa *disposición* del ser humano a *la acción divina*, que menciona von Balthasar, se puede comprender como estética, puesto que el creyente se hace partícipe del juego libre, gratuito y placentero de entregar la vida para que otros puedan vivir. De esta manera lo entiende von Balthasar:

En el ámbito cristiano este “arte” se manifiesta sobre todo en la forma de vida de los elegidos: la existencia profética propiamente dicha es la existencia de un hombre expropiado, a través de la fe, de toda pretensión de darse forma a sí mismo, y por lo mismo, se convierte en “materia” a plena disposición de la acción divina. Abrahán, Isaac, Jacob, José, Moisés, los jueces carismáticos, los profetas y mártires de la fe, hasta el Precursor y la “esclava del Señor”, en la cual se recapitula la plasticidad conyugal y femenina de la hija de Sión y se manifiesta al más alto nivel lo que es el arte de Dios o la santidad *formada*, son casos de vidas vividas en el Espíritu Santo, vidas escondidas, in-visibles y, sin embargo, dotadas de tal fuerza de manifestación que sus situaciones, escenas y encuentros cobran un perfil claro e inconfundible y adquieren un poder arquetípico sobre toda la historia de fe.⁸³

⁸² Von Balthasar, *Gloria, Una estética teológica*, 37.

⁸³ *Ibíd.*, 38.

La experiencia estética del seguimiento de Jesús se expresa efectivamente en las actitudes y comportamientos relativos a la fe en el Señor, esas son “las formas que juegan libremente”⁸⁴ en Él. Así lo recuerda el padre Carlos Novoa: “Se trata de formas de actuar solidarias y de entrega real a toda persona, en especial, a los excluidos, Conductas transformadoras de estructuras económicas, políticas y sociales injustas. Y este juego libre y gratuito de actitudes y procederes, produce un insondable placer: el placer de ser solidario”.⁸⁵

Queda claro entonces que vivir en coherencia con el evangelio, asumir la misma *forma* de Jesús, convertirse en *materia a plena disposición de la acción divina*, como lo plantea sabiamente von Balthasar, es estético, es bello, es hacer de la vida humana una verdadera obra de arte. Von Balthasar tiene una frase que resume adecuadamente este planteamiento vital: “El camino de la vivencia de la fe como amor es estético”. Asumir la experiencia de fe como amor es aceptar libremente el *arte de Dios*, es caminar hacia la *santidad formada*.

La experiencia estética aporta significativamente a ese caminar hacia la santidad, aporta indiscutiblemente al cultivo de la fe del creyente, permite una mayor adherencia al proyecto propuesto por Jesús de Nazaret, potencia su cristianismo y toda su humanidad. El papa Juan Pablo II así lo entiende:

Si ya la realidad íntima de las cosas está siempre “más allá” de las capacidades de penetración humana, ¡cuánto más Dios en la profundidad de su insondable misterio! El conocimiento de la fe es de otra naturaleza. Supone un encuentro personal con Dios en Jesucristo. Este conocimiento, sin embargo, puede también enriquecerse a través de la intuición artística. [...] San Buenaventura comenta: “Contemplaba en las cosas bellas al Bellísimo y, siguiendo las huellas impresas en las criaturas, seguía a todas partes al Amado”.⁸⁶

La pintura, la música, la literatura, la danza y toda aquella experiencia que vincula libremente al ser humano con el juego de las formas, los colores, los sonidos, y lo conduce a vivir con placer y compromiso la vida, es un verdadero encuentro personal y comunitario con Dios. Así mismo, la contemplación de un paisaje, la risa de un niño, el trabajo del obrero de la fábrica, el amor entrañable de una madre, el rostro cansado del campesino, la satisfacción de

⁸⁴ Novoa, *Experiencia artística y ética cristiana*, 4.

⁸⁵ *Ibíd.*

⁸⁶ Juan Pablo II, *Carla a los artistas*, 26.

una maestra al orientar a sus estudiantes, son experiencias que están marcadas por las huellas del Bellísimo.

Hacer que el hombre descubra, comprenda y vivencie el misterio de la Vida es la tarea esencial de la experiencia artística. Despertar el sentido estético en la persona representa activar su espiritualidad y su identidad como ser en el mundo, llamado a construir constantemente signos de humanidad y de perfección. La vivencia estética empuja con fuerza a la sociedad a lograr la forma bella de Dios, a vivir con intensidad y placer la solidaridad y la justicia, a participar libremente del dinamismo evangélico planteado por Jesús, a través de sus palabras, sus gestos y su cercanía liberadora.

Juan Pablo II expresa en su *Carta a los artistas* que “la belleza es en un cierto sentido la expresión visible del bien, así como el bien es condición metafísica de la belleza”⁸⁷; este pensamiento permite decir que lo *bello* hace referencia a la particular percepción que se tiene de la Creación, al encuentro íntimo del hombre con las cosas, con la humanidad y con el Ser Supremo. La belleza contiene en sí misma la presencia del Creador, como ya lo afirmaba San Buenaventura, pues en ella se manifiesta algo de ese esplendor divino, en lo que es bello existe *algo* de Dios, existe una huella del Señor.

“La belleza es conocimiento, es una forma superior de conocimiento, puesto que toca al hombre con toda la profundidad de la verdad”⁸⁸, afirma el cardenal Ratzinger. Vista así la belleza, ella se hace *vía* para llegar al conocimiento de Dios, el cual no puede ser conocido si no es por medio de la experiencia, del encuentro con aquello que es bello, con aquello que trasciende al hombre, que lo *expropia*, según los términos de von Balthasar, y lo vincula con lo divino. Lo bello entonces ata a la creatura a lo bueno, lo funde con aquel que es Bueno por excelencia.

⁸⁷ *Ibíd.*, 25.

⁸⁸ Ratzinger, *La contemplación de la belleza*, 3.

La belleza que ata al hombre con lo Bueno, con la Verdad, exige de quien la contempla que salga de sí mismo y se deje *herir* y seducir por Dios, como ya antes se había mencionado, se deje desfigurar por el amor desbordado de Dios para así contemplar la Verdad, puesto que al entregar la vida, como lo hizo Jesús, “aparece la auténtica y suprema belleza: la belleza del amor que llega “hasta el extremo” y que por ello se revela más fuerte que la mentira y la violencia”⁸⁹.

Por lo visto entonces la auténtica belleza que ofrece la experiencia artística es aquella que provoca en el ser humano un salir de sí mismo, una transfiguración y compromiso con la humanidad y con Dios, en definitiva, con lo Bueno y lo Bello. Es por eso que Juan Pablo II expresa contundentemente que la belleza es expresión visible del bien⁹⁰, ya que exige un compromiso, un *ligarse* u *ob-ligarse*⁹¹ con Dios, con la auténtica Belleza.

Ese *ob-ligarse* con el que es Bueno reclama asumir con libertad y gratuidad un comportamiento ético concreto que dé razón de la belleza contemplada, de esa *herida* que Dios ha hecho en el corazón de quien se ha sentido seducido por la cruz salvífica y liberadora de Jesús. El hombre llamado por la Belleza siente como propia las realidades que le circundan, especialmente el dolor de los pobres, los indefensos y desechados de la sociedad, pues esa experiencia es propia de la belleza del Cristo, quien entregó su vida, su fuerza y todo su amor para que otros sintieran la misericordia del Padre.

Que el hombre y la mujer creyentes participen de esa sublime belleza quiere decir que se asume, de manera consciente y libre, una manera particular de ser, de hacer y comprender al hombre y al mundo, pues se ha hecho una opción fundamental, se ha optado por el amor, por

⁸⁹ *Ibíd.*, 6.

⁹⁰ Juan Pablo II, *Carta a los artistas*, 25.

⁹¹ López Quintas utiliza esta categoría para referirse al fuerte vínculo que se crea en la persona con los diversos ámbitos de realidad. Expresa la amistad, la pertenencia, la atención con las distintas vivencias que, en un primer momento se consideran externas y ajenas, y que, en un momento posterior, se funden, se *ligan* a la experiencia vital del ser humano gracias a su capacidad creativa. *Ob-ligar* significa entonces crear encuentros permanentes de sentido, experiencias vinculantes que comprometen al hombre y a la mujer a participar del juego libre de las formas. (Para una ampliación del concepto, ver López, *El poder transfigurador del arte*, 56.).

la compasión y la misericordia. Los discípulos de Jesús, en todos los tiempos y circunstancias, manifiestan el seguimiento de la Verdad a través de un estilo de vida concreto y determinante, así lo describe el papa Francisco:

¿Qué es lo que le agrada a nuestro Dios? Jesús, el Señor, les señala que cumplir es caminar detrás de Él, y que ese caminar los ponía frente a leprosos, paralíticos, pecadores. Esas realidades demandaban mucho más que una receta o una norma establecida. Aprendieron que ir detrás de Jesús supone otras prioridades, otras consideraciones para servir a Dios. Para el Señor, también para la primera comunidad, es de suma importancia que quienes nos decimos discípulos no nos aferremos a cierto estilo, a ciertas prácticas que nos acercan más al modo de ser de algunos fariseos de entonces que al de Jesús. La libertad de Jesús se contrapone con la falta de libertad de los doctores de la ley de aquella época, que estaban paralizados por una interpretación y práctica rigorista de la ley. Jesús no se queda en un cumplimiento aparentemente «correcto», Él lleva la ley a su plenitud y por eso quiere ponernos en esa dirección, en ese estilo de seguimiento que supone ir a lo esencial, renovarse, involucrarse. Son tres actitudes que tenemos que plasmar en nuestra vida de discípulos.⁹²

Ir a lo esencial, renovarse e involucrarse es el itinerario espiritual de todo seguidor de Jesús, que a su vez configura un estilo particular de vida, en donde los que sufren algún dolor o injusticia son parte del camino que conduce a la plenitud de la Belleza. Caminar detrás del Maestro, es contemplarlo y hacerlo presente frente al que nadie quiere ver, al que nadie quiere hablarle, al pisoteado, al pobre convertido en estadística. La experiencia estética adapta e enriquece los ojos del hombre para poder descubrir y admirar la belleza de la Cruz a través de la entrega solidaria a los preferidos de Dios, en los que la Belleza a decidido quedarse.

Viene bien aquí el aporte del Cardenal Ratzinger:

La experiencia de lo bello recibe una nueva profundidad, un nuevo realismo. Aquel que es la Belleza misma se ha dejado desfigurar el rostro, escupir encima y coronar de espinas. [...] El icono de Cristo crucificado [...] pone como condición que nos dejemos herir junto con él y que creamos en el Amor, que puede correr el riesgo de dejar la belleza exterior para anunciar de esta manera la verdad de la Belleza.⁹³

La vida del ser humano es una obra de arte cuando deja que su existencia se incorpore al juego libre de este nuevo realismo, en donde ve su vida comprometida y vinculada hondamente con el proyecto propuesto y vivido por Jesús. La obra de arte humana comienza en el momento en que se acepta la invitación de Jesús a hacerse *pescadores de hombres* y al

⁹² Francisco. “Homilía del Santo Padre. Aeropuerto Enrique Olaya Herrera”, 56-57.

⁹³ Ratzinger, *La contemplación de la belleza*, 7.

comprender con el corazón que es tan valiosa aquella invitación que de inmediato se dejan las redes para seguirlo (Mt 4,19-20).

Disponerse para seguir al Maestro, dejando atrás todo egoísmo e interés particular, es el valioso aporte que la experiencia artística puede ofrecer al creyente, “pues la forma cristiana está envuelta en el milagro del perdón de los pecados, de la justificación, de la santidad, de una iluminación y ennoblecimiento de todo el ámbito existencial, milagro que, por sí mismo, garantiza el más hermoso desarrollo de una forma espiritual”.⁹⁴

3.3 La pastoral educativa: educar para la vida y la comunidad:

Dice von Balthasar que “el ser cristiano es forma”⁹⁵ y que esa “forma lograda por el cristiano es lo más bello de cuanto en el ámbito pueda darse”⁹⁶. Pero ¿a qué forma se refiere el autor? Se refiere a la forma de Cristo, se refiere al “juego libre de actitudes y proceder”⁹⁷ del mismo Jesús, con el cual hace que la misericordia y la justicia de Dios se haga real en la historia de la humanidad, transformando hondamente la acción y la comprensión de la existencia.

Quiere decir que el creyente, poseedor de una experiencia de fe legítima, asume como estilo de vida actitudes y comportamientos que favorecen el bien común, el valor de la solidaridad, el servicio a los más débiles, el pensamiento crítico y una espiritualidad particular. Quien decide seguir a Jesús necesita aprender a escuchar la voz de Dios, le urge *ablandar* su corazón, despojándolo de todo egoísmo, para salir al encuentro de sus hermanos y acompañarlos desde sus singularidades y necesidades. El discipulado, dice el papa Francisco:

[...] no es algo estático, sino un continuo camino hacia Cristo; no es simplemente el apego a la explicitación de una doctrina, sino la experiencia de la presencia amigable, viva y operante del Señor, un permanente aprendizaje por medio de la escucha de su Palabra. Y esa palabra, lo hemos escuchado, se nos impone en las necesidades concretas de nuestros hermanos [...].⁹⁸

⁹⁴ Von Balthasar, *Gloria, Una estética teológica*, 31.

⁹⁵ *Ibíd.*, 30.

⁹⁶ *Ibíd.*, 31.

⁹⁷ Novoa, *Experiencia artística y ética cristiana*, 4.

⁹⁸ Francisco. “Homilía del Santo Padre. Aeropuerto Enrique Olaya Herrera”, 57.

Como explicita el Sumo Pontífice, la experiencia de fe del discípulo crece en el camino, camino que ofrece infinidad de situaciones que le permiten un constante aprendizaje, el cual se configura en medio de la comunidad de creyentes. El camino es la posibilidad pedagógica con la que cuenta el seguidor para crecer en la fe, en él se reflexiona a profundidad la vida, se abren nuevas puertas para comprender el amor encarnado de Dios, mantiene inquieto el corazón y en disposición para vincularse a la dinámica transformadora del Creador.

En el caminar junto al amor bello de Dios el discípulo aprende de sus hermanos, aprende de la experiencia que le ofrece el estar en medio de una realidad concreta, aprende de sus conflictos y de sus esperanzas. Es un aprendizaje dinámico y orgánico, fundamentado en la experiencia de vida y de fe de la persona, que se enriquece continuamente por los mismos creyentes, evitando caer en teorías y comprensiones abstractas e inmóviles del hombre, de Dios, de la comunidad y del planeta.

El itinerario de fe del creyente contempla un proceso permanente de conversión, el cual se caracteriza por asumir la forma de Cristo, quien a su vez asumió perfectamente la forma de la Belleza que lo ilumina y lo anima. Es decir, quien decide dejarlo todo para ir detrás del Maestro traza un camino interior de fe, opta por una serie de valores que van en contravía de los propuestos por *los amos de la humanidad*. Valores que hacen que el creyente adquiera una mirada distinta de su realidad y de sus prácticas, distanciándose del poder de dominio y de control, comportamientos tan naturalizados que no inquietan en lo más mínimo la pérdida de la dignidad y el cuidado de la vida.

En síntesis, ese camino edificado al interior del seguidor se debe exteriorizar en vivencias que se hagan perceptibles en la comunidad, creyente y no creyente, alentándola a continuar caminando hacia la posibilidad de una nueva humanidad. *La forma lograda por el cristiano* se puntualiza en una nueva dinámica, en un nuevo juego de valores y comportamientos, una forma enfocada en rescatar la integralidad del hombre y la mujer. Esta lógica de

comportamiento y de fe lograda por el cristiano debe sacarlo de su letargo⁹⁹, de aquella imposibilidad de comprender y asimilar la experiencia vital como una totalidad, como la interrelación profunda de todo con el Todo.

Uno de los elementos fundamentales que aporta la experiencia estética a la cualificación y potencialización de la fe es la exigencia constante de vincular la vida y los valores humanos a la realidad concreta de la persona y de la comunidad. De modo que la experiencia de fe se ve obligada a construir permanentemente puentes que comuniquen el lenguaje divino en el caminar histórico del hombre. En tal aspecto insiste bastante von Balthasar:

Si bien es verdad que se da siempre de nuevo ese instante cualificado en que el hombre cae de rodillas y ora ante aquel que dice: “Soy yo, el que habla contigo”, la buena nueva no se reduce a estos instantes (en los que todo lo demás desaparece); existe también la superficie, el tiempo y el espacio, y todo lo que en ellos hay de humano y que forma parte esencial de lo que Juan llama el “permanecer”, el contacto y la familiaridad con las costumbres y los modos de ver las cosas hasta en lo imponderable: en resumen, una forma de vida.¹⁰⁰

Dentro de la gran gama de realidades en donde es urgente y oportuno el anuncio de la Buena Nueva de Jesús, a través de la acción misionera de la Iglesia, las insituciones educativas de primaria, básica y secundaria son lugares idóneos para vivir de manera profunda el proyecto salvífico de Dios. La experiencia de aprendizaje que se propone en el colegio, puntualmente en el Colegio Claretiano de Bosa (Bogotá, Colombia), exige superar los límites del modelo educativo actual, que tiende a armonizar con una sociedad industrializada.

Dicho modelo se caracteriza esencialmente por suministrar a los estudiantes un conjunto de conocimientos y de prácticas fragmentadas que se dicen son necesarias para la vida productiva de la sociedad. De igual forma, este modelo de educación prepara a los niños y a los jóvenes para la competencia, para el consumo de información y de bienes, y para la continuación de una estructura social y política que insiste en afirmar el bien individual antes que el colectivo. Un modelo así educa para la competencia no para el compartir, educa para el *yo* y no para el *nosotros*, educa para consumir y no para cuidar.

⁹⁹ Von Balthasar, *Gloria, Una estética teológica*, 31.

¹⁰⁰ *Ibíd.*, 32.

Bauman ayuda a comprender los propósitos de este modelo de sociedad, en donde la educación es un instrumento fundamental en su prolongación y su fortalecimiento en la historia:

La desintegración de la trama social y el desmoronamiento de las agendas de acción colectiva suelen señalarse con gran ansiedad y justificarse como “efecto colateral” anticipado de la nueva levedad y fluidez de un poder cada vez más móvil, escurridizo, cambiante, evasivo y fugitivo. Pero la desintegración social es tanto una afección como un resultado de la nueva técnica del poder, que emplea como principales instrumentos el descompromiso y el arte de la huida. Para que el poder fluya, el mundo debe estar libre de trabas, barreras, fronteras fortificadas y controles. Cualquier trama densa de nexos sociales, y particularmente una red estrecha con base territorial, implica un obstáculo que debe ser eliminado. Los poderes globales están abocados al desmantelamiento de esas redes, en nombre de una mayor y constante fluidez, que es la fuerza principal de su fuerza y la garantía de su invencibilidad.¹⁰¹

Así las cosas, la educación planteada para este modelo de sociedad contemporánea debe ser fundamentada de manera similar, orientada a la formación y acondicionamiento de mentes y manos que piensen y actúen con y para el sistema. Un sistema que le huye al compromiso, a la organización social, a la búsqueda de una identidad que permita tejer la memoria y la vida de los pueblos, no construye un verdadero lenguaje simbólico que vincule a cada persona con los valores profundos y vitales de la humanidad.

Los constructos epistemológicos de una educación diseñada para el consumo y la individualidad no aportan al desarrollo de una cultura del encuentro, de solidaridad y de comunidad. El conocimiento es comprendido como el nuevo capital y como la nueva manera de ejercer poder hacia los demás, el conocimiento se ha hecho exclusivo, privado, es el privilegio de unos pocos y la desventaja de muchos. Leonardo Boff, haciendo síntesis del libro *Reinventando la educación: diversidad, descolonización y redes* de Muniz Sodré, profesor titular de la Universidad Federal de Río de Janeiro, escribe lo siguiente:

Todo se ha vuelto capital: capital natural, capital humano, capital cultural, capital intelectual, capital social, capital simbólico, capital religioso... capital y más capital. Por detrás se oculta una monocultura del saber maquinal, expresado por la “economía del conocimiento” al servicio del mercado.

Hoy en día se ha planeado un tipo de educación que busca la formación de cuadros que prestan “servicios simbólico-analíticos”, cuadros dotados de alta capacidad de inventar,

¹⁰¹ Bauman, *Modernidad líquida*, 20.

de identificar problemas y de resolverlos. *Esta educación distribuye conocimientos de la misma forma que una fábrica instala componentes en la línea de montaje.*¹⁰²

Posiblemente se diga que poco o nada puede hacer una idea y unas prácticas educativas, distintas a las preestablecidas por la sociedad contemporánea, y puestas en marcha por la institucionalidad de un país. Sin embargo, es urgente provocar en el corazón de los colegios, en donde no solo confluyen estudiantes, sino familias y comunidades enteras, maneras distintas de comprender el conocimiento, la cultura, la política, la convivencia, etc. Todos estos aspectos son claves para el desarrollo de una educación integral, de calidad, humana, sensible ante los diversos tonos que ofrece y plantea el devenir histórico actual.

En el Colegio Claretiano de Bosa se ha ido tejiendo una experiencia educativa que se esfuerza en la cotidianidad por ser distinta, por ser alternativa, por ser transformadora y, totalmente, evangelizadora. Esta experiencia se fundamenta en el modelo pedagógico de la *Pastoral Educativa*, que se comprende como el trasfondo, el foco orientador, el impulso dinamizador y el espíritu de todo el proyecto educativo institucional claretiano. Quiere decir que todos los procesos de aprendizaje que se gestan y crecen en el colegio tienen como elemento inspirador y como horizonte de sentido el proyecto liberador propuesto por Jesús de Nazaret.

La *Pastoral Educativa* es una manera concreta en que la Iglesia realiza su misión evangelizadora, a través de un escenario concreto: la creación y recreación del conocimiento, la ciencia, la cultura y la vida. El padre Mario Peresson afirma que “la educación es el lugar y la mediación fundamental para realizar nuestra misión evangelizadora de proclamar y hacer presente el Proyecto de Jesús, la instauración del Reino de Dios en nosotros y en medio de nosotros, en el mundo. Por eso decimos, con toda razón, que nuestra misión es evangelizar educando”.¹⁰³

Tratar de mantener esta experiencia educativa inspirada y vinculada a los valores del Evangelio, sintonizar a todos los integrantes de la comunidad de aprendizaje con el juego

¹⁰² Boff, *Reinventando la educación*.

¹⁰³ Peresson, *Evangelizar a través de las áreas del currículo*, 3-4.

libre de actitudes y comportamientos propios del ministerio del Maestro son expresiones concretas de Dios. Hacer de cada lugar, de cada momento, de cada encuentro escolar y familiar, hacer de cada área del conocimiento una posibilidad para vincularse con lo profundo de la vida es esencialmente una vivencia de lo bello. Por lo tanto, es posible afirmar que la pastoral educativa es un camino legítimo para cultivar y potenciar la fe y la vida de los creyentes.

De ahí que todo espacio y tiempo que se propone en el colegio, toda experiencia de aprendizaje, toda situación convivencial que se configura en la vida cotidiana de la comunidad se debe considerar como posibilidades para potenciar el espíritu humano. De ese juego en el que se entrecruzan diversos ámbitos de realidad, surge la verdadera creatividad del ser humano, con la cual dinamiza adecuadamente su mundo, su realidad, sus experiencias, su fe y su identidad. El papa Francisco, siendo cardenal, define muy bien el acto creativo: “Actuar creativamente implica hacerse seriamente cargo de lo que hay, en toda su densidad, y encontrar el camino por el cual a partir de allí se manifiesta algo nuevo”.¹⁰⁴

Dice el padre Peresson que existe una sintonía, un camino común, entre la escuela y el proyecto de Jesús:

La escuela como proyecto educativo formal concentra su atención en la construcción del conocimiento, no en transmitirlo sino en construirlo. ¿Qué tiene que ver ahí el proyecto de Jesús? Si el proyecto de Jesús es buscar la realización del ser humano en plenitud, en felicidad, en crear y desarrollar esa imagen y semejanza de Dios, pienso que uno de los factores importantes que contribuyen con ello es el de la construcción de conocimiento.¹⁰⁵

Lo anterior permite comprender que el colegio Claretiano, interpretado en clave de pastoral educativa, alimenta la fe de sus integrantes en la medida en que se pregunta por el fin último del proceso de enseñanza – aprendizaje que se traza. Tal proceso vincula a los estudiantes, padres de familia y maestros a una experiencia de aprendizaje con carácter comunitario, en donde todos y todas aprenden del otro. Es en medio de la comunidad donde el conocimiento

¹⁰⁴ Bergoglio, *Educación, elegir la vida: propuestas para tiempos difíciles*, 12.

¹⁰⁵ Peresson, *La pastoral educativa y los desafíos de anunciar el Evangelio en el mundo de hoy*, 53.

realmente se crea y se recrea, no se transmite, no se impone, se propone, se critica, se contextualiza y se enriquece.

Jesús construye conocimiento en medio de la comunidad de discípulos, posibilita experiencias de aprendizaje para que todos los que lo oyen y lo siguen descubran sus potenciales y valores más profundos, y conozcan el verdadero corazón de Dios. Conocerse a sí mismo y conocer el rostro compasivo y tierno de Dios tejen en cada creyente una vivencia trascendental que repercute necesariamente en la realidad personal y comunitaria. Hace que el hombre viva con mayor dignidad y se preocupe por crear y permanecer en un estilo de vida nuevo, más humano, más justo y solidario.

Lo anterior hace eco de las palabras inspiradoras de la *Gaudium Et Spes*:

Una cosa hay cierta para los creyentes: la actividad humana individual y colectiva o el conjunto ingente de esfuerzos realizados por el hombre a lo largo de los siglos para lograr mejores condiciones de vida, considerado en sí mismo, responde a la voluntad de Dios. Creado el hombre a imagen de Dios, recibió el mandato de gobernar el mundo en justicia y santidad, sometiendo a sí la tierra y cuanto en ella se contiene, y de orientar a Dios la propia persona y el universo entero, reconociendo a Dios como Creador de todo, de modo que con el sometimiento de todas las cosas al hombre sea admirable el nombre de Dios en el mundo.¹⁰⁶

La acción humana, en la medida en que es justa, digna, amorosa y noble, es expresión real de la imagen salvífica de Dios, por lo que una educación fundamentada e inspirada en el proyecto misionero de Jesús conlleva a una experiencia estética. Es estético dicho proceso de aprendizaje, puesto que la conquista del conocimiento dignifica al ser humano, le permite comprender con hondura el mundo, construir vínculos de lenguaje que armonizan las relaciones y permiten una adaptabilidad razonable y equilibrada con el planeta.

Todo ello hace que el ser humano participe libre y responsablemente de su entorno, aporte gratuitamente a edificar una sociedad distinta, en donde no se aprende para competir y destruir, sino para compartir y construir un rumbo histórico distinto. En esta línea, Mario Peresson aclara que:

¹⁰⁶ Concilio Vaticano II, “Constitución pastoral *Gaudium Et Spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual” 34.

No hay ningún conocimiento que no genere o comunique valores, en especial aquellos que son fundamentales en la vida humana: el valor de la vida, el valor de la dignidad humana y sus derechos, el valor de la solidaridad y la justicia social. Cualquier conocimiento tiene inherente una ética de valores, la pregunta es ¿qué valores está transmitiendo? Uno siempre transmite valores o antivalores.¹⁰⁷

La comunidad de aprendizaje debe proponer, configurar y reflexionar el conocimiento para transformar y defender la vida, para alentar nuevas comprensiones de la historia y de la sociedad, desarraigadas de epistemologías universales y coloniales. Todo proceso que se genera al interior de las aulas debe responder a las necesidades y retos que traen consigo los estudiantes y sus familias, por lo cual el conocimiento debe dialogar continuamente con el contexto.

Quiere decir entonces que el colegio no repite conocimientos, no hace mero eco de lo ya sabido, de lo ya dicho por otros, no se conforma con las competencias *necesarias* para avanzar en los ciclos de estudio prediseñados para los niños y los jóvenes. Un proceso de educación inspirado en la pastoral educativa supera la estandarización de los conocimientos, explorando otras dimensiones del ser humano y otros aprendizajes necesarios para la vida.

La búsqueda de nuevas posibilidades de reconstruir, formular y aplicar alternativas de aprendizaje para acercar cada vez más al hombre a la configuración de nuevas maneras de pensar y sentir críticamente la humanidad y el planeta, libera el acto educativo y social. Así lo plantea Boff cuando afirma:

La educación reinventada nos debe ayudar en la descolonización y la superación del pensamiento único, aprendiendo con las diversidades culturales y sacando provecho de las redes sociales. De este esfuerzo podrán nacer entre nosotros los primeros brotes de otro paradigma de civilización que tendrá como centralidad la vida, la humanidad y la Tierra, la que algunos llaman también civilización biocentrada.¹⁰⁸

Los niños y los jóvenes no son solo matemáticas, lengua castellana y ciencias naturales, (áreas que comúnmente son evaluadas a través de pruebas estandarizadas) son mucho más que esas áreas del conocimiento, son creatividad, son pensamiento, son relaciones, etc. El niño y el joven deben aprehender que la construcción y recreación del conocimiento posibilita

¹⁰⁷ Peresson, *La pastoral educativa y los desafíos de anunciar el Evangelio en el mundo de hoy*, 53.

¹⁰⁸ Boff, *Reinventando la educación*.

la configuración de nuevas realidades, nuevos escenarios sociales, políticos, religiosos y culturales que transforman las viejas estructuras y prácticas que limitan el espíritu del hombre.

Pensar y soñar en la posibilidad de una realidad y una sociedad distinta, caracterizada por un mayor interés en la dignidad del ser humano, en el cuidado de la Tierra, en el respeto de los Derechos Humanos, es un *acto de esperanza*. Eso lo reafirma claramente el papa Francisco, siendo aún cardenal: “Crear colectivamente una realidad mejor, con los límites y posibilidades de la historia, es un *acto de esperanza*. No de certezas, ni de meras apuestas: ni destino ni azar. Exige creencias y virtudes. Poner en juego todos los recursos, más un *plus* imponderable que le da su dramatismo”.¹⁰⁹

Estos procesos de transformación del pensamiento y de configuración de nuevas relaciones humanas y planetarias, este *acto de esperanza*, es posible cuando se liga el acontecer salvífico y liberador dado en la persona de Jesús con la vida académica del colegio. Es hacer viva la presencia del Maestro en el camino pedagógico de la institución, la cual se hace verdad cuando los planes de estudio, los ejercicios investigativos y de innovación, y la vida comunitaria tienen como trasfondo la búsqueda inquieta de Dios: Palabra y Sabiduría eterna.

La pastoral educativa involucra sensiblemente el conocimiento, la vida comunitaria, la creatividad y el aprendizaje en el juego libre y placentero provocado por el ministerio del Mesías, haciendo posible explorar ideas, vivencias, saberes y realidades inéditas. Tal encuentro configura un acto real de esperanza y de liberación, un acto de vida que genera placer y satisfacción, dado que el conocimiento que se contempla hace que el hombre se sumerja en la profundidad de su vida, se ligue a aquello que le da sentido y fuerza a su existencia.

¹⁰⁹ Bergoglio, *Educación, elegir la vida: propuestas para tiempos difíciles*, 9-10.

El acto evangelizador que se realiza a través de la educación debe *arrebat*ar el espíritu de todos los que integran la comunidad de aprendizaje, el conocimiento no puede pasar de largo ante las dolorosas realidades que la sociedad de hoy vive. Toda acción, toda palabra, toda experiencia que se da en el colegio debe *mover, despertar y transformar* la conciencia y la voluntad de quien participa, haciendo de su proceso una experiencia de conversión. Conversión en cuanto a optar por un proyecto caracterizado por motivar y llamar a los estudiantes, padres de familia y maestros a vivir en clave de misericordia, de cuidado y compasión.

Un proceso educativo sin humanidad ni compasión, es un acto cínico, estéril y antiético, puesto que niega y se enajena de la realidad de dolor y despojo social y epistemológico que viven los más necesitados de la sociedad, entre ellos la misma naturaleza. Educar entonces para la vida, la justicia, la compasión y la alegría es un acto de esperanza y de liberación, es una experiencia estética, porque asume la responsabilidad de construir nuevas posibilidades humanas. Tales posibilidades de una nueva humanidad están fundamentadas en la esperanza y la alegría que genera el testimonio de Jesús: un hombre capaz de amar hasta el extremo y de hacer de esa experiencia un camino pedagógico de justicia y libertad.

En conclusión, una comunidad de aprendizaje que asume como *lente* interpretativo y práctico de la realidad humana los valores del Evangelio debe hacerlo explícito en todos sus componentes: Proyecto Educativo Institucional, currículo, planes de estudio, planta física, etc. Sin embargo, el componente en el que se debe hacer totalmente explícito ese lente es en las personas que participan o se ven involucradas, de diversas maneras, con el hecho educativo, pues son ellas las que realmente conforman la institución, por tal razón es fundamental discernir, diseñar y operacionalizar en las distintas áreas del conocimiento estrategias puntuales que permitan desarrollar experiencias que acerquen eficazmente a las personas a la vivencia de la estética.

La experiencia estética permite el crecimiento y maduración de la fe de la comunidad de aprendizaje al hacer que sus integrantes sean concientes de la hondura de su labor y de la

incidencia de su compromiso en la vida de otras personas. De igual forma, dispone a la persona para transparentar en su cotidianidad la relación íntima con Dios y con su proyecto en una ética que comunique la acción liberadora del Reino a todos los hombres y mujeres.

Es necesario, como lo dice el papa Francisco, que todos los que han optado por el seguimiento de Jesús “sepan ver, juzgar y actuar [...]. Discípulos misioneros que saben ver, sin miopías heredadas; que examinan la realidad desde los ojos y el corazón de Jesús, y desde ahí juzgan. Y que arriesgan , que actúan, que se comprometen”.¹¹⁰

La dimensión estética opera en ese proceso metodológico silencioso y eficaz. Abre los ojos del hombre para que *vea* y conozca su mundo, sus dinámicas y realidades, vea sus luces y oscuridades; *juzga* desde un proyecto concreto, el proyecto de Jesús, el cual conoce, comprende y experimenta. El dinamismo de lo bello empuja constantemente al hombre a *transformar* su mundo, a partir de un *ardor* especial que construye vínculos, nuevos ámbitos, nuevas saberes, nuevas experiencias que lo acercan con esperanza al corazón tierno de Dios.

La búsqueda del conocimiento, su aporte a la mente y al corazón humano, amplía y enriquece la experiencia incansable del hombre y la mujer por conocer y sentir más de cerca el amor infinito del Dios Padre y Madre de la Vida. Esa búsqueda es la “honda vivencia estética de toda la belleza de la experiencia del amor”.¹¹¹ Es el constante esfuerzo por identificar, comprender, vivir y recrear la profundidad con la que está constituida toda la creación; es, en últimas, gozar de lo verdadero, de lo bueno y de lo bello de todas las cosas, para conocerlas y amarlas, viviendo así a plenitud el amor desbordado e íntegro del mismo Dios en medio de la humanidad.

¹¹⁰ Francisco. “Homilía del Santo Padre. Aeropuerto Enrique Olaya Herrera”, 58.

¹¹¹ Novoa, *Experiencia artística y ética cristiana*, 9-10.

Conclusión general

El ciudadano contemporáneo común, producto de un sistema económico y social que promulga el individualismo y concibe como vía de verdadero placer y realización el consumo, el éxito y el espectáculo, comprende lo estético como un conjunto de atributos que reafirman una cultura asimétrica y unidireccional. Los patrones de belleza actual están enfocados en resaltar un estilo de vida ideal, fantasioso, el cual solo un pequeño grupo de la sociedad puede alcanzar, es una sociedad idealizada que obliga al hombre del común a esforzarse cada día por verse allí.

Los medios de comunicación se alían en la tarea de propagar ideales de belleza que no coinciden con la realidad que viven las mayorías de la sociedad, muestran cuerpos atléticos, armónicos, casi perfectos, según el ideal y el estilo de la cultura dominante, que se convierten en el referente y en el proyecto de vida de las masas. Simulan situaciones de la cotidianidad donde todo es felicidad, tranquilidad y paz, solo resta el disfrute y el gozo de la comodidad, el lujo, los excesos y el deseo. Esa es la belleza actual, una belleza ficticia, artificial, insensible, ciega y sorda ante los dolores y luchas de lo real.

Igual sucede con los distintos proyectos arquitectónicos de las grandes ciudades, son bellos porque expresan opulencia y poder, porque afirman la lógica del mercado y de lo privado, porque falsamente convencen a la sociedad de ser símbolo de desarrollo y crecimiento económico. La nueva arquitectura, en muchos casos, carece del sentido ético, se construye para excluir y oprimir, para arrinconar a los pobres e insistirle a sus conciencias que la vida es así, que no pertenecen a esa dinámica de avance y modernización.

Los espacios públicos esconden lo feo y lo no deseado con vitrinas y avisos publicitarios que recuerdan, como una voz que retumba incesantemente en la conciencia del comprador en potencia, que la pobreza y la marginación son situaciones poco relevantes en la realidad del hombre moderno. Los parques, los centros comerciales, las plazas públicas se convierten en instrumentos para amoldar y dominar la voluntad de la persona; quien consume hace parte fundamental del sistema y eso genera placer.

Es preocupante que dentro de las dinámicas sociales y políticas de la comunidad se naturalice la violencia, el microtráfico, la corrupción y la muerte del enemigo. Son experiencias que paradójicamente se celebran, se les rinde tributo y se presentan como ideales de vida, como paradigmas de pensamiento y de acción humana. Aquí lo bello y lo bueno es ir en contra de la dignidad de la vida, en contra del bien común, en contra de las dinámicas que humanizan y salvan a la persona.

Este breve y desalentador panorama permite afirmar que la sociedad actual necesita urgentemente vivir experiencias estéticas de gran profundidad, dado que son capaces de sacudir y herir con fuerza la conciencia y la voluntad del ser humano. La fuerza de la belleza que habita en la memoria de los pueblos, en las narraciones no convencionales de la vida y la historia de las comunidades, en las pinturas que retratan las luchas y las resistencias tienen la posibilidad de cultivar y transformar la cotidianidad de la persona.

La experiencia estética que se ha ido tejiendo a lo largo de estas páginas es aquella que es capaz de liberar al hombre de su egoísmo, de sus violencias internas y externas, de esos paradigmas que se cierran a la posibilidad de pensar y sentir la vida de una manera diferente y alterna a las convencionales. La vivencia de lo bello descubre los hilos que conectan al ser humano con lo más profundo y sensible de su existencia, pone al descubierto los sentimientos, las emociones, los encuentros vitales que construye el hombre en su andar histórico y que lo identifican como ser pensante, relacional, trascendente y estético.

Por consiguiente, la experiencia estética actúa en la persona como un motor que impulsa su estar en el mundo a construir constantemente relaciones de sentido con su realidad, lo lanza a encontrarse con lo otro, en una disposición de diálogo y de enriquecimiento mutuo. No son relaciones asimétricas ni dominantes, son encuentros que recrean los significados, que posibilitan la libertad, la convivencia, la esperanza y la paz. El entreveramiento de realidades humaniza la vida, hace más soportables los problemas y las crisis que acechan al hombre y a la mujer, llenan de vitalidad la cotidianidad de las comunidades y las motiva a abrir juntos nuevos caminos de sentido.

Pareciera que estas descripciones sobre el poder transformador del arte fueran únicamente una cuestión teórica, vista desde un escritorio, en la relativa seguridad que otorga una casa y un trabajo; sin embargo, esa fuerza humana y trascendental que contiene la experiencia artística es evidente, es real, es posible, actúa continuamente en la persona y en la comunidad.

Esto se confirma diariamente en los colectivos que a lo largo de los años han sufrido y siguen padeciendo el dolor de la pobreza, el desplazamiento y la muerte. Obviamente, existen otros grupos humanos que poseen un alto sentido estético y que son testigos de su poder transformador, a través de las múltiples posibilidades que ofrecen las ciudades (museos, universidades, galerías de arte, etc.). Pero las comunidades que sufren la inclemente lógica de los mercados y el desarraigo de los que se han dicho dueños de los territorios y las vidas, tienen un especial sentido, pues no se interpretan como individuos desarticulados y sin raíces, sino como sujetos de derecho, con palabra y con voluntad.

Estas comunidades agobiantes, gente pobre, marginada y olvidada por el Estado colombiano han aprendido a reunirse, a escucharse y a organizarse, han logrado configurar un cuerpo de lenguaje que inspira la resistencia, la esperanza y la paz. Los lenguajes de vida que han tejido los pobres son estéticos, puesto que tienen el valor de vincularse y encontrarse en su propia realidad, de rescatar por medio de los cantos, los bailes, las pinturas, los vestuarios, las narraciones, y un conjunto de expresiones más, la sufriente vida que les ha tocado vivir, plagada de oscuridades, pero también llena de luces de vida, alegrías y motivaciones.

Colombia necesita del poder transformador del arte, necesita construir nuevos sistemas de relación y de encuentro humano, requiere urgentemente cambiar el histórico paradigma de poder y de dominio, donde muchos siempre han sido oprimidos y violentados. La vivencia de lo estético puede despertar en las comunidades del país mediaciones distintas para lograr procesos reales de paz y sana convivencia, que motiven a las personas y a la comunidad a descubrir sus raíces, a comprender críticamente sus realidades, a reconocer las particularidades y riquezas de sus culturas y a valorar sus territorios.

El arte y la cultura tienen mucho que decirles a los pobres, tienen una responsabilidad y una palabra para los indefensos, para todos aquellos que rasguñan diariamente la vida en un semáforo, en una fábrica, en una escuela, etc. La experiencia artística está llamada a potenciar en la persona y en la comunidad la capacidad creativa, con el propósito de abrir el pensamiento y los sentidos a nuevas percepciones de la realidad, nuevas maneras de construirse e interpretarse como seres humanos y como colectivo. El juego creativo de las formas, los colores, los movimientos, está afirmando que uno solo no es el camino para cristalizar identidad, para construir país, para hacer justicia y para vivir la paz.

La creatividad es el juego cualitativo de lo posible en medio de la realidad en donde fluye la existencia de la persona; a través de ella se logra comprender que no existe un único discurso ni un solo tipo de persona, de pensamiento o de cultura. Por lo tanto, la experiencia estética debe provocar actos reales y profundos que trasciendan las vivencias y comprensiones convencionales que configuran la realidad. No se puede pensar en un nuevo ciudadano o en una sociedad pacífica, si se continúan repitiendo las lógicas y procedimientos históricos que lentamente han ido sepultando sus orígenes, sus valores, sus referentes comportamentales, sus habilidades sociales, su diversidad y hasta la conciencia de las particularidades de su realidad.

El arte, como elemento constitutivo de la cultura, en cuanto a expresión elocuente de la misma, funciona como estimulante para la conciencia comunitaria y como horizonte vital para crear desde la libertad y la voluntad un verdadero tejido social que humanice y dinamice la realidad. El arte visto así, otorga sentido y conciencia crítica a la persona, comprendiendo y sintiendo lo que ocurre en la vida de una manera distinta, alternativa y creativa, generando más, nuevas y mejores ideas con valor que enriquecen los actos humanos.

En ese orden de ideas, las personas y comunidades que viven una experiencia intensa de lo estético no se conforman con una sola manera de relatar la realidad, ya que cuentan con la conciencia viva de la existencia como una polifonía de ideas, de fenómenos y saberes que conforman el tejido humano. Una polifonía que hace de la paz, la convivencia, la economía,

la política y demás experiencias humanas un entorno dialógico, relacional, dinámico y justo, siendo, por lo tanto, una experiencia bella, una obra de arte, una obra maestra.

Se ha afirmado en varios momentos de este trabajo que la existencia de fe en Jesús se enriquece gracias al cultivo de la vivencia estética, puesto que el arte, en todas sus posibles expresiones, es vía pertinente para crecer en el seguimiento del Reinado de Dios y, así, lograr un alto sentido de humanidad. Crecer en esta y en sensibilidad ante la vida, especialmente ante la que diariamente se ve amenazada y masacrada, es la expresión más bella y coherente del hombre y la mujer creyente, del discípulo que convencidamente expresa, como Pedro, que el Señor es el Mesías, el Hijo de Dios vivo.

Vivo porque es dinámico, porque es el juego libre y gratuito de la entrega solidaria y misericordiosa por la salvación y liberación del ser racional, porque es el encuentro cercano de Dios con la historia humana. La experiencia artística potencia y cualifica la vida de fe del creyente porque adecúa sus ojos y el resto de sus sentidos para encontrar y comprender al Maestro y así definir su propia identidad, su propia *forma vital* en medio de la comunidad.

Esto quiere decir, que la experiencia estética y la vivencia de la fe en Jesús comparten una lógica común, que consiste en proyectar al ser humano a una aprehensión profunda y comprometida de la vida, renueva su pensamiento y sus lenguajes, hace que sus prácticas personales y sociales se encaminen hacia una dinámica superior y esperanzadora. Esta lógica común suscita y enriquece la manera en que la persona *observa* su experiencia vital, en cuanto que agudiza sus sentidos y su percepción, siendo mucho más sensible y consciente de lo que le ocurre, logrando un conocimiento mayor de sí mismo, de su entorno y del caminar silencioso de Dios en la vitalidad de su existencia.

Queda definido que el sumergirse en lo artístico favorece la vida de fe del creyente, dado que las relaciones de sentido y las posibilidades de encuentro con otras realidades transforman la existencia y la revisten de un nuevo lenguaje. Es la polifonía de las formas, de los movimientos y colores quien afirma la dinamicidad de la historia, siendo una vivencia libre,

gratuita, diversa y generosa. Todo ello hace que la vida se interprete como un movimiento que avanza hacia un bien superior, hacia un proyecto mayor, hacia un punto que logra un sentido más amplio de lo que significa ser persona, ser comunidad, ser creyente, ser existencia en medio de la adversidad y la contingencia.

Siendo así el adentramiento estético profundo, la fe en Jesús se cualifica, se enriquece, se dinamiza y se contextualiza, producto de una consciencia y una sensibilidad profunda por el juego de las relaciones humanas y planetarias. Seguir al Maestro entonces se hace una experiencia estética, se hace una vivencia plenamente artística, puesto que se participa genuinamente en el fluir continuo de la belleza de Dios. Una belleza que se comprende como encuentro, como relación íntima con el ser humano, como camino de liberación y de renovación histórica.

El proyecto de Jesús en esencia es una propuesta relacional y transformadora, que se esfuerza en construir experiencias de encuentro que dignifiquen y resignifiquen la vida de la persona y del cuerpo de lenguaje de la comunidad. Jesús invita a sus discípulos a creer en la posibilidad de configurar nuevas maneras para interactuar en medio de la sociedad, en donde se rompan las barreras de la injusticia, la barbarie y la deshumanización, a través de actitudes y comportamientos concretos, de una ética cristiana particular.

Por tal razón, vivir evangélicamente, vivir en una constante búsqueda de caminos de fe que reconozca los derechos y la innegable participación de la persona en la construcción de su propia historia, es genuinamente una experiencia de la belleza de Dios. La contemplación de lo bello debe estar mediada por la vida real de las personas, en especial de esas evas y adanes que viven su fe con esperanza, a pesar de la pobreza, el hambre, el olvido y el rechazo de la propia comunidad humana. Lo bello se hace solidaridad y la solidaridad se hace estética cuando teje la vida, posibilita la alegría y transforma los lugares, las relaciones, los pensamientos y los saberes.

Hoy en día las instituciones educativas tienen la gran tarea de transformar la experiencia vital de todos los que integran la comunidad de aprendizaje, a través de una comprensión creativa del pensamiento, de los procesos cotidianos que fluyen en las relaciones escolares, de las mediaciones que se emplean para la conquista del conocimiento y el cultivo de la vida íntegra del ser humano.

La fe creativa que conlleva a las féminas y los varones a un mayor compromiso con la realidad, exige educar no para repetir un discurso ni para eternizar paradigmas unidireccionales y presuntamente verdaderos. Se educar para hacer comunidad, para vivir la fraternidad, para generar las condiciones necesarias que permitan a la persona descubrir y potenciar sus habilidades, sus talentos y sus valores, con el propósito de construir identidad y una nueva cultura.

El hondo adentramiento en la fe, enriquecido por el sumergimiento en lo bello, proyecta el hecho educativo más allá de las disciplinas y los conceptos particulares, sobrepasa los límites del conocimiento científico. De este modo el proceso educativo se vincula a una red de experiencias, saberes, narrativas, lenguajes y movimientos que lo potencializan, lo hace significativo, le permite hablar y explicar la realidad de las agrupaciones de manera cercana, vital, profunda y pertinente.

Es necesario y urgente que las colectividades de aprendizaje se despojen, en un ejercicio de conversión, de pensar que existe un solo camino para conquistar el conocimiento, las habilidades sociales y para comprender e interpretar la experiencia humana vital. Un solo camino válido e infalible erradica para siempre la capacidad creativa de las evas y los adanes, los limita a un conjunto determinado de ideas, argumentos y respuestas. Actualmente se necesita de niños, niñas y jóvenes inquietos epistemológicamente, dispuestos a romper las barreras, casi sagradas, que impiden acercarse cada vez más a la polifonía del lenguaje humano, personas que no se conformen con lo establecido y que interpretan su realidad como un ejercicio que posibilita el encuentro y el compartir juicioso de saberes y experiencias.

Bibliografía

- Bauman, Zygmunt. *Modernidad líquida*. Ciudad de México: Fondo de cultura económica, 2003.
- Bergoglio, Jorge. *Educación, elegir la vida. Propuestas para tiempos difíciles*. Buenos Aires: Claretiana, 2005.
- Boff, Clodovis. *Teoría do método teológico*. Petrópolis (Rio de Janeiro): Vozes, 1998.
- _____. “La tierra en números rojos: el ser humano, Satán de la tierra.” *Servicios Koinonia*, <http://www.servicioskoinonia.org/boff/articulo.php?num=845> (consultado el 20 de junio de 2018).
- _____. “Qué es el ser humano.” *Servicios Koinonia*, <http://www.servicioskoinonia.org/boff/articulo.php?num=038> (consultado el 21 de junio de 2018).
- _____. “Reinventando la educación.” *Servicios Koinonia*, <http://www.servicioskoinonia.org/boff/articulo.php?num=490> (consultado el 24 de junio de 2018).
- Castillo, José María. *Espiritualidad para insatisfechos*. Madrid: Trotta, 2007.
- Chomsky, Noam. *¿Quién domina el mundo?* Barcelona: Ediciones B, 2016.
- Concilio Vaticano II, “Constitución pastoral *Gaudium Et Spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual.” *Vatican*, http://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19651207_gaudium-et-spes_sp.html (consultado el 24 de junio de 2018).
- Danto, Arthur. *La transfiguración del lugar común. Una filosofía del arte*. Barcelona: Paidós, 2002.
- De Roux, Rodolfo. “Experiencia de fe y creatividad artística.” *Theologica Xaveriana* 143 (2002): 473-488.
- Faulí, Jordi. *El templo de la Sagrada Familia*. España: Aldeasa, 2006.
- Fernández, Gonzalo. “Beber en el propio pozo: ¿Tiene lugar la espiritualidad en la educación? Propuesta de un itinerario espiritual para hoy.” *Didaskalía* 6 (2012): 8-17.
- Francisco. “Carta encíclica *Laudato Si'*.” *Vatican*, http://w2.vatican.va/content/dam/francesco/pdf/encyclicals/documents/papa-francesco_20150524_enciclica-laudato-si_sp.pdf (consultado el 20 de junio de 2018).

- _____. “Encuentro con las autoridades, el cuerpo diplomático y algunos representantes de la sociedad civil.” *Aciprensa*, <https://www.aciprensa.com/ebooks/FranciscoenColombia.pdf> (consultado el 20 de junio de 2018).
- _____. “Homilía del Santo Padre en Santa Misa parque Simón Bolívar.” *Aciprensa*, <https://www.aciprensa.com/ebooks/FranciscoenColombia.pdf> (consultado el 20 de junio de 2018).
- _____. “Homilía del Santo Padre. Aeropuerto Enrique Olaya Herrera.” *Aciprensa*, <https://www.aciprensa.com/ebooks/FranciscoenColombia.pdf> (consultado el 21 de junio de 2018).
- Han, Byung-Chul. *La salvación de lo bello*. Barcelona: Herder, 2015.
- Juan Pablo II. “Carta a los artistas.” *Revista vida nueva* 2.185 (1999): 24-29.
- Labrada, María Antonia (ed.). *La belleza que salva. Comentarios a la carta de Juan Pablo II*. Madrid: RIALP, 2006.
- López Quintas, Alfonso. *El poder transfigurador del arte*. San José (Costa Rica): Promesa, 2003.
- Novoa, Carlos. *Experiencia artística y ética cristiana*. Bogotá, 2008.
- _____. *Una propuesta de teología evangélica*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Teología, 2018.
- Peresson, Mario. “La pastoral educativa y los desafíos de anunciar el Evangelio en el mundo de hoy.” *Didaskalía* 6 (2012): 48-55.
- _____. *Evangelizar a través de las áreas del currículo*. Bogotá, 2003.
- Ramos, Alice. “Los trascendentales del ser.” *Philosophica*, <http://www.philosophica.info/voces/trascendentales/Trascendentales.html#toc6> (consultado el 26 de febrero de 2019).
- Ratzinger, Joseph. “La contemplación de la belleza.” *Revista Humanitas* N° 29 (mayo de 2005), www.humanitas.cl (consultado el 14 de octubre de 2016).
- Restrepo, Javier Darío. “Leonardo, el profeta.” *Vida nueva* 183 (2018): 24-30.
- Tatarkiewicz, Wladislaw. *Historia de seis ideas. Arte, belleza, forma, creatividad, mimesis, experiencia estética*. Madrid: Tecnos, 1995.

Viñas, José María. *San Antonio María Claret. Autobiografía y escritos complementarios* (Buenos Aires: Claretiana, 2008), <http://www.claret.org/es/biblioteca/#632-wpfd-es> (consultado el 16 de junio de 2018).

Von Balthasar, Hans Urs. *Gloria. Una estética teológica*. Madrid: Encuentro, 1985.